



CINEMATOGRAFÍA NACIONAL. ANTOLOGÍA POÉTICA

**LUIS
VIDALES**

BC

Biblioteca
Básica DE
Cultura
Colombiana

▪ literatura ▪



**CINEMATOGRAFÍA
NACIONAL.
ANTOLOGÍA
POÉTICA**

**LUIS
VIDALES**

JUAN MANUEL ROCA (COMP.)

BC
-literatura-

Catalogación en la publicación – Biblioteca Nacional de Colombia

Vidales, Luis, 1904-1990, autor

Cinematografía nacional. Antología poética [recurso electrónico] / Luis Vidales; [compilación, Juan Manuel Roca]. – Bogotá : Ministerio de Cultura : Biblioteca Nacional de Colombia, 2016.

1 recurso en línea : archivo de texto PDF (220 páginas). – (Biblioteca Básica de Cultura Colombiana. Literatura / Biblioteca Nacional de Colombia)

ISBN 978-958-8959-94-8

1. Poesía colombiana - Siglo XX 2. Libro digital I. Roca, Juan Manuel, aui. II. Título III. Serie

CDD: Co861.44 ed. 23

CO-BoBN- a996055

Mariana Garcés Córdoba

MINISTRA DE CULTURA

Zulia Mena García

VICEMINISTRA DE CULTURA

Enzo Rafael Ariza Ayala

SECRETARIO GENERAL

Consuelo Gaitán

DIRECTORA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL



Javier Beltrán

COORDINADOR GENERAL

Jesús Goyeneche

ASISTENTE EDITORIAL Y DE INVESTIGACIÓN

Sandra Angulo

COORDINADORA GRUPO DE CONSERVACIÓN

Paola Caballero

RESPONSABLE DE ALIANZAS

Talia Méndez

PROYECTOS DIGITALES

Camilo Páez

COORDINADOR GRUPO DE COLECCIONES Y SERVICIOS

Patricia Rodríguez

COORDINADORA DE PROCESOS ORGANIZACIONALES

Fabio Tuso

COORDINADOR DE PROCESOS TÉCNICOS

Sergio Zapata

ACTIVIDAD CULTURAL Y DIVULGACIÓN

José Antonio Carbonell

Mario Jursich

Julio Paredes

COMITÉ EDITORIAL

Taller de Edición • Rocca®

REVISIÓN Y CORRECCIÓN DE TEXTOS,
DISEÑO EDITORIAL Y DIAGRAMACIÓN

eLibros

CONVERSIÓN DIGITAL

Adán Farías

CONCEPTO Y DISEÑO GRÁFICO

Con el apoyo de:

BiblioAmigos

ISBN: 978-958-8959-94-8

Bogotá D. C., diciembre de 2016

© Juan Manuel Roca

© 1985, Universidad de Antioquia

© De esta edición: 2016, Ministerio de Cultura –
Biblioteca Nacional de Colombia

© Presentación: Juan Manuel Roca

Material digital de acceso y descarga gratuitos con fines didácticos y culturales, principalmente dirigido a los usuarios de la Red Nacional de Bibliotecas Públicas de Colombia. Esta publicación no puede ser reproducida, total o parcialmente con ánimo de lucro, en ninguna forma ni por ningún medio, sin la autorización expresa para ello.

ÍNDICE

▪ PRESENTACIÓN	11
INICIOS DE SU MILITANCIA	13
PARENTESCO ESTÉTICO DE VIDALES	14
SU POESÍA	15
LOS POETAS DE VIDALES	16

CINEMATOGRAFÍA NACIONAL

ANTOLOGÍA POÉTICA

▪ A UNA FLOR	21
▪ LA ARBOLEDA Y LA LÓGICA	22
▪ CINEMATOGRAFÍA NACIONAL	23
▪ ENTIERRO	25
▪ LAS HOJAS	27
▪ SUPER-CIENCIA	28
▪ GEOGRÁFICA	29
▪ EL PASEO	31
▪ EL GATO	33
▪ UNA CARTA A PEPE MEXÍA	35
▪ EN EL CAFÉ	37
▪ LA TARDE TEDIOSA	39
▪ LAS CAMPANAS	42
▪ ESPEJOS	43

▪ EL ALCOHOL	45	▪ MÚSICA DE MAÑANA	79
▪ LAS PISADAS	47	▪ LOS DOS GATOS	80
▪ LA LEY DE LA ATRACCIÓN	48	▪ LA NOCHE	81
▪ LA MÚSICA	50	▪ TEORÍA DE LAS PUERTAS	82
▪ LOS PARAGUAS	52	▪ EL AGUA	83
▪ PROGRAMA	53	▪ LAS INSTANTÁNEAS	84
▪ ORACIÓN DE LOS BOSTEZADORES	55	▪ TEORÍA DE LOS OBJETOS	85
▪ CUADRITO DE MOVIMIENTO	57	▪ LA VISTOSA INMORALIDAD	86
▪ LAS SOMBRAS	58	▪ ELIGE TU LIBERTAD	87
▪ PAISAJE EN LA NOCHE	60	▪ LA COSTURERA	89
▪ LAS PALABRAS	62	▪ A LA LIBERTAD	91
▪ VAGO POEMA DE LAS HORAS	64	▪ CALENDARIO	92
▪ ACUARELA	66	▪ CANCIONES A LA ALTURA DEL PECHO	93
▪ POEMA DE LA PIEDRA	67	▪ ALINA, VAMOS A LAVAR EL CIELO	96
▪ OJOS	68	▪ EL VIENTO	97
▪ LAS NUBES	69	▪ INVITACIÓN AL COMBATE	98
▪ EN LOS EMPAPELADOS	70	▪ LOS TRES PAISAJES	99
▪ LAS CATEDRALES	71	▪ ROMANCILLO-IDO	102
▪ BREVE POEMA DE LAS 5 ARTES IRÓNICAS	72	▪ VIDA OBRERA	104
▪ LOS BARRIOS	74	▪ CORO DE LOS OBREROS DORMIDOS	106
▪ EL ÁNGULO FACIAL	77	▪ ISABELLE BLUM ESTÁ CONTIGO	107
▪ PAISAJES AMBULANTES	78	▪ LOS ALLANAMIENTOS	108

▪ ESTOS ANDAN DE CABEZA	111	▪ INMINENCIA DE LA MUERTE	151
▪ LA DANZA	113	▪ LA ANUNCIACIÓN	153
▪ DECORACIÓN DE LA MAÑANA	114	▪ DAUMIER HABLA AL PUEBLO DE LAS RUTAS DEL PORVENIR	154
▪ EL ABSORTO	116	▪ TAMAÑO DEL PINTOR	155
▪ ¿AQUÍ, EN DÓNDE ESTÁS A ESTAS HORAS?	118	▪ PABLO PICASSO	156
▪ AQUÍ, FANTASMA CELESTE	120	▪ AQUEL QUE VIVE	157
▪ AQUÍ, INVIERNO EN PARÍS	121	▪ LAS MIRÍADAS	158
▪ AQUÍ, LOS DESCONCERTADOS	123	▪ YO DIGO CALARCÁ	164
▪ AQUÍ, LA POBLACIÓN DE LA CASA	124	▪ MÚSICA DE CÁMARA PARA LA ALDEA PERDIDA	166
▪ AQUÍ, LA CASA VACÍA	126	▪ UN SUSPIRO ES EL TIEMPO	180
▪ NOCTURNO NÚMERO OCHO	127	▪ ELEGÍA	182
▪ ALGO ACABA DE ROMPERSE	128	▪ SAGRADA BIBLIA	183
▪ AQUÍ, TE MIRA EL DUENDE TUYO	129	▪ EL FANCIULLO RODANTE	185
▪ AQUÍ, EL ASTRONAUTA	131	▪ SINFONÍA EQUIS	188
▪ AQUÍ, LA CITA	132	▪ REGRESO A COLOMBIA	191
▪ AQUÍ, LA LLAMA	133	▪ OÍMOS A VECES UN CANTO...	195
▪ AQUÍ, LA VISITANTE	134	▪ LA LECTURA	196
▪ AQUÍ, MENSAJE CON POSTDATA	135	▪ RETRATO	198
▪ AQUÍ, EL HURACÁN	137	▪ UNA CAMA COMO BARCA EN LA ESTELADA NOCHE	200
▪ SONETO ESPECTRAL DEL HOMBRE HUMO	139	▪ DEMOLICIÓN DEL SONETO	202
▪ AQUÍ, EL SOSÍAS	140	▪ LOS ANUNCIOS	204
▪ EN LA RIBERA DE LA NOCHE	142	▪ FUNCIÓN DEL AMOR	205
▪ LA CASA DE LOS PADRES	143	▪ DE TIEMPO Y MODO	209
▪ AQUÍ, LA CELESTE	145	▪ EL JARDÍN INVISIBLE	210
▪ AQUÍ, LAS IMPALPABLES HUELLAS	147	▪ ENTRAÑA DE LA PIEDRA	211
▪ PRESENCIA DEL RITMO	148	▪ LOS ANUNCIOS DE LA EROSIÓN	212
		▪ EN EL VELADOR UN VASO DE AGUA	214

*El poeta deberá sentirse tan compenetrado con su poesía,
que los dos deben ser una misma persona. Al poeta, sea lo que sea,
se le debe considerar por sus puntos cardinales: los de su temperamento.
El mío, siempre ha sido de revolucionario convicto y confeso.*

LUIS VIDALES

▪ PRESENTACIÓN

CUANDO LUIS VIDALES PUBLICÓ su detonante libro *Suenan timbres*, en el año de 1926, el país, sobra decirlo, aún dormía en un largo bostezo virreinal. De ahí que un poeta burlón ante la solemnidad colombiana, que entre tanta retórica centenarista y tanto soneto al claro de luna se asomaba, y no en un pequeño balbuceo, a un presente cargado de nuevos signos, tenía que ser visto como un puñado de aserrín entre la espesa sopa aldeana, o como una especie de mosca en la nariz del orador.

Esa forma de ver el reverso de las cosas que anunciaba *Suenan timbres* no podía ser entendida por sus contemporáneos como un hecho estético que partiría en dos la poesía colombiana. Eso de pensar que «hay un pino dormido en la tour Eiffel y que cada catedral gótica es como una selva dormida», para una Colombia adormilada, cuya capital olía a orines desde la Colonia, debía resultar producto de una vesania precoz.

Estamos, pues, con Luis Vidales en 1926.

Hace sólo dos años se han publicado los *Manifiestos del Surrealismo*, que, obviamente, el poeta de Calarcá desconoce. Pero, y además de aclarar que Vidales, marxista ortodoxo, no se considera un poeta surrealista, algunos posibles nexos que pudieran encontrar los críticos entre su obra y los postulados surrealistas tienen que ver más con un aire de tiempo, con un espíritu de época.

Los manifiestos de André Breton y sus amigos francotiradores, porque, en esos tiempos todavía se hacían manifiestos, cuya culminación quizás sería el estructurado en México entre *André Breton* y *León Trostón*, empezaban con una sentencia que hubiera podido ser elaborada por el Vidales de esos días: «Tanta fe se tiene en la vida, en la vida en su aspecto más precario, en la vida *real*, naturalmente, que al fin esta fe acaba por desaparecer».

El Vidales de *Suenan timbres* trastrocaba esa *realidad* aparente y espantaba a los árboles «como si se tratara de unos altos pájaros verdes que hubieran escondido en el plumaje la otra pierna». Esta manera de encarar el hecho estético, por medio de sutiles analogías inusuales en nuestra poesía, haría que sólo unos pocos, casi todos compañeros suyos de la generación de Los Nuevos, pudieran captar su singularidad y el asombro ante las cosas nuevas. Entre ellos, claro, el que más, Luis Tejada, el joven antioqueño, lector de Marx y gran escritor, cuyas facultades de hombre avisado lo hicieron el epicentro de su grupo generacional.

Tejada, ha dicho Vidales, «fue el aire claro que oxigenó nuestras ideas y concepciones».

El país que presenció la aparición de *Suenan timbres* empezaba a asomarse, pues, al siglo XX, con el retraso habitual en el espíritu nacional. Posteriormente llegaría, a pocos años, el cine, y los jovencitos reaccionarios que leían los informes meteorológicos de Londres, para saber qué traje usar ese día en Bogotá, apedrearon la pantalla del teatro Olympia, donde se pasaba una película de Chaplin. Vendría entonces el desagravio de Vidales en favor del gran mimo que, como él, se fijaba en los objetos cotidianos y en la soledad de los vagabundos, exaltándolos a un nivel estético, restituyéndoles su nobleza.

El poeta ya estaba influido por los que, al decir de Carlos Vidales, eran «los dos hombres más importantes de esa hora: Lenin y Chaplin».

Estamos con Vidales en 1930.

▪ INICIOS DE SU MILITANCIA

El poeta de *Suenan timbres*, y en esto hay que ser bien claros, ha sido desde siempre un hombre ligado a las masas, y el influjo causado en él y en su generación por el triunfo de la Revolución Rusa lo lleva a participar en la fundación del Partido Comunista de Colombia y a dirigir el primer periódico comunista: *Vox Populi*, en Bucaramanga. Desde esos días, Vidales ha sido militante de ese partido, y su legendaria ortodoxia acaso sea la causante de que, al hablar del manifiesto escrito en México por Trotsky y por Breton, yo no haya sido capaz de mencionarlos por su nombre,

sino en forma de palabra-estuche o palabra-maletín, como denominaba Lewis Carroll a las palabras entrelazadas.

Tejada, el gran cronista de la palabra, pues Ricardo Rendón era el gran cronista de la gráfica, había muerto cuatro años atrás. Y Rendón, ese agudo crítico de la vida nacional, estaba a punto de hacerlo con un sonoro disparo, en un país que aún se pregunta la causa de su muerte. Como si fuera poca cosa existir en un país que vive de espaldas a sí mismo. En ese momento, Vidales está en la cárcel de Bucaramanga, por su labor en *Vox Populi*. Y no sería la última vez. Vidales entraría muchas veces más a la cárcel o sería allanado por los habituales gobiernos represivos de Colombia.

Hasta acá he querido hacer un apretado itinerario de ciertos momentos de Luis Vidales, todos ellos enlazados a su actividad poética, a esa militancia de la palabra, que nunca abandonó. Desde *Suenan timbres*, fueron muchos los ciclos poéticos que Vidales logró, y de ellos da parcial cuenta esta antología.

▪ PARENTESCO ESTÉTICO DE VIDALES

Algunos supuestos críticos de Vidales le han visto parentescos con Max Jacob, ese poeta que dice que el campo es un horrible lugar donde los pollos se pasean crudos. Otros señalan a Prévert. Y hay quienes, como ya dije, le

encuentran proximidad con el surrealismo en general. Pero, todas estas inútiles pesquisas podrían desvanecerse ante la categórica respuesta de Vidales, que sólo reconoce como sus grandes pasiones literarias a Rimbaud, Villon y Rabelais. Así mismo, en su época de París, tampoco tuvo encuentros con los surrealistas, a quienes había intuido cuando trabajaba con la irracionalidad a su favor. El grupo de Vidales en París fue, más bien, de pintores y caricaturistas, aparte de los colombianos Jorge Eliécer Gaitán, Alejandro Vallejo y Juan Lozano. ¿Otro grupo? Luis Cardoza y Aragón, el gran poeta guatemalteco, revolucionario y teórico, crítico de arte y gran hombre, tantos hombres en uno que se pudiera hablar de él como de un grupo que decidió habitar en su pellejo.

▪ SU POESÍA

La poesía de Vidales está hecha para grandes espacios, pues el poeta sufría de claustrofobia. En esos grandes espacios caben sus temas más frecuentes: la libertad y el sueño, la maravillosa anomalía de su humor, el hombre y la dignificación de los hechos cotidianos.

Con *Suenan timbres* aparece en la poesía colombiana el acaecer urbano, la preocupación por ese entorno mágico y miserable al mismo tiempo, y claro, todos esos fermentos sociales de la nueva burguesía industrial en los recién venidos autos, o los nacientes asentamientos proletarios, algo nuevo en el aire del feudo que Vidales aprendió haciendo

sonar sus timbres de alarma. De este libro dice Fernando Arbeláez: «Con la aparición de *Suenan timbres*, en 1926, empieza a conmoverse en sus estratos más profundos la tendencia anquilosante en la literatura colombiana. Un viento joven se apodera de las palabras, y las convoca para expresar las cosas nuestras con una desacostumbrada maestría». A esto podría agregarse lo expresado por Porfirio Barba Jacob, categórico: «Va a llegar una época en que la poesía sea de olores, de perfumes y sabores. Luis Vidales está por esa ruta, es el poeta del porvenir». ¿Del porvenir? Claro. Habría de esperar cincuenta años para que una entidad oficial volviera a publicar *Suenan timbres*. El país llegaría con retraso a la asimilación de sus nuevas formas poéticas. Esta especie de ceguera nacional la precisaría Jorge Eliécer Gaitán en su tesis sobre las ideas socialistas en Colombia, escrita en 1924, por la misma época de *Suenan timbres*: «Parece que a este nuestro pueblo, al igual del personaje de Poe, lo ha invadido la irremediable cobardía de no abrir los ojos, no tanto por esquivar la visión de horribles cosas cuanto por el fundado temor de no ver nada».

▪ LOS POETAS DE VIDALES

Varios poetas conviven en Vidales. El poeta de humor de-tonante, creador de un mundo anómalo que canta para que las mañanas sean por la tarde, o el poeta del libro inédito *Espejo de la pintura*, en el que su reconocida agudeza plástica exalta a Picasso y a Van Gogh, o al viejo aduanero

Rousseau que recoge «la eternidad del humo y de la rosa», o el poeta político, desigual y algunas veces grande de *La Obreríada*, donde pide libertad en «una cárcel con nombre de país», pero también donde campea cierta rigidez de consigna, o el maravilloso poeta del *Libro de los fantasmas*, donde una presencia cósmica se siente latente y donde una especie de otredad nos acecha. Está el poeta niño. Y el cantor de la aldea perdida de su infancia, esa patria única del hombre, al decir de Rilke. Están los muchos poetas que viven y pelean en su adentro. Y sobre todo, el poeta compañero del hombre, el amigo de sus sueños, alguien que podría decir con Aimé Césaire que en todo hombre torturado o humillado se siente igualmente torturado y humillado.

Esto, y palabras tan actuales, que resultan inquietantes, no obstante haber sido escritas hace más de varias décadas: «Lejos, en las ciudades populosas, la paloma de la paz ponía huevos de víbora y había hecho su nido sobre el techo de Tartufo».

Ahora, al publicar esta reunión de algunos poemas de Luis Vidales en la Biblioteca Básica de Cultura Colombiana, que impulsan el Ministerio de Cultura y la Biblioteca Nacional de Colombia para hacer más masiva la lectura de grandes figuras de las letras nacionales, vuelve a ponerse de presente la vigencia de la obra del poeta quindiano, sin duda una pieza clave en el rompecabezas de la poesía latinoamericana.

JUAN MANUEL ROCA



CINEMATOGRAFÍA NACIONAL

ANTOLOGÍA POÉTICA

▪ A UNA FLOR

Tú tienes un alma
que sube por el tallo
y te alumbra.
Pero tu alma no sabe hablar
ni sabe quejarse
ni discurrir sobre las cosas.
Yo quisiera —oh pequeña flor
absorta en la materia—
darte del alma intelectual
porque a mí me pesa mucho toda la que llevo
y a tu alma le falta
un poco de dolor.

▪ LA ARBOLEDA Y LA LÓGICA

Dijo mi verso lógico y sencillo.
Derribaron los árboles.
Es decir
desyerbaron el cielo.
Qué contentas estarán
las estrellas.
Y agregó mi verso
lógico y sencillo.
A esos pobres árboles
les tumbaron el cielo.

▪ CINEMATOGRAFÍA NACIONAL

Por el cielo amarilloso
de linterna
pasan las nubes colombianas.
Y cómo se las nota que no habían ensayado
antes.

Los árboles
—por ser la primera vez que trabajan en cine—
aparecen
tiesos
cohibidos
amanerados.

Pero el Salto de Tequendama
lo hace con naturalidad
como si tuviera
una larga práctica
en cinematógrafo.

Por los alrededores de Bogotá
merodea la luna.
¡Y qué luna!
Es una Luna barnizada de blanco
y con instalación propia.

Afuera
el cielo de la noche
oscuro ampuloso
es un inmenso gongorismo.

Luego veo la luna.
¡Oh! ¡Oh!
¡Les saca a los transeúntes
sus fichas antropométricas contra el muro!

¡Son como clichés quemados
que huyen!

Y en el salón de la noche
yo aplaudo
las películas incoherentes
de este *Pathé Baby*.

▪ ENTIERRO

Lluvia
sobre los grandes cajones de las casas.

Lluvia. Lluvia.

Y a lo lejos
el conglomerado de paraguas
mancha en el aire
su pueblucho japonés.

A este lo van a enterrar.

Las campanas se le querían caer encima
como sombreros ingleses.

Yo veo el dorso del acontecimiento.

Las levitas
cabeceantes

hacen unos pajarracos
que persiguen al muerto.

Las coronas
—neumáticos de carnaval—
van colgadas del carro
como repuestos
por si se le dañan las ruedas.

Pero cuando se vayan las flores
quedarán los aros de las coronas
y esta noche
el muerto se pondrá el aro de una corona
—salvavidas—
y se botará al charco que hay que pasar
para ir al cielo.

Ya no llueve.

Desapareció el que estaba estrenando
cadáver.

Se fueron los de levita.

Nota.

No quedó ninguna mancha en el aire.

▪ LAS HOJAS

El viento vira en los aires
sobre la hélice de la hoja.
Nadie ha visto el viento
pero las hojas van señalando su rumbo.
Da tristeza.
Para que el vuelo de las hojas
fuera a su gusto
todas deberían ir provistas
de motorcitos de mariposa.

▪ SUPER-CIENCIA

Por medio de los microscopios
los microbios
observan a los sabios.

▪ GEOGRÁFICA

Mi alma
—¡Aeroplano!—
voló serenamente
por encima de la tierra.

Los océanos navegaban hacia las costas remotas.
Pero luego suspendieron el rumbo
y bajo la curva de sus lomos azules
se durmió el eterno mineral.

Las estrellas giran en el viento.

Europa es un escorpión
España la cabeza
y la Península Escandinava la ponzoña.

La América del Sur
es un inmenso corazón
botado en el mar por una mujer celeste.

La bota de Italia
apareció a mis ojos de dormido
y me la calcé rápidamente
y pasé a grandes saltos
como un gigante cojo
por sobre las manchas de los países.

Y después...
¡Oh! el puerto.
Pequeño.
¡El puerto de rosa de tu boca!

▪ EL PASEO

El cielo espejea entre los árboles.
Los árboles se imaginan
que están a orillas de un lago color violeta.
Nosotros advertimos el engaño
y a grandes voces espantamos a los árboles
como si se tratara
de unos altos pájaros verdes
que hubieran escondido
en el plumaje
la otra pierna.

Cuando volvemos a casa
empieza a holgar en mi cabeza
el sombrero de copa de la noche.

Vamos de brazo
—monograma significativo
que no hemos podido descifrar...

En mi pupila del lado del paisaje
llevo el monóculo de la luna.

El sueño aumenta de volumen
a través de la lente.

Si tú quieres soñar
y te hace falta un tónico
vuelve la copa del cielo
¡y bébete el azul!

Tú me escuchas.
Abres los ojos claros.
Y toda tú —pequeñita—
te quedas acurrucada
detrás de tus ojos claros.

▪ EL GATO

El gato se acomoda
en el hueco del sueño.

Lo miro con tristeza
porque dormirse
es lo mismo
que perder un mundo.

Indolente
estila posturas dentro de su forma
como esculpiendo
fugitivas figuras
de gatos.

Oigo el tardo
envolver el ovillo de su música.
Y esto he comprendido.
A la hora en que los gatos duermen
—afuera— en los tejados

andan las sombras solas.
Gatos negros
que caen de la luna.

▪ UNA CARTA A PEPE MEXÍA

¡Salud! ¡Pepe Mexía!
Tiempo seco.
Viento alto del Norte.
Escribo y miro hacia el azul
mientras alegre
saco una lenta falsificación de nubes
de la fábrica leve de mi pipa.

Qué cielo más claro.
Pasan en un vértigo las longitudes celestes.
Los meridianos son hilos de araña
donde se enredan las estrellas.

Quiero contarle
que ayer vi a los transeúntes
pisar intensamente el meridiano.
Pero yo envolví el meridiano
lo hice un ovillo

para ponérselo
a mi ciudad ideal.

Y quisiera contarle muchas cosas
en versos claros y sencillos
que no vayan a salir de mi cabeza
como de una máquina norteamericana
tirabuzones de azúcar.

Pero siento que mi sombra
está dándome tirones
y me arrastra hacia afuera
porque quiere tenderse patarriba
con la panza al sol
precisamente como los lagartos.

Y antes de salir al aire libre
y correr y —entusiasmado—
ver que mi carrera
va desbaratando perspectivas...

De pie-sobre mis 2.600 metros
por encima de la cordillera
le doy mi mano de amigo.
Pero hay que tener cuidado
cuando zafemos las manos
para que no se vaya a caer sobre los Andes
el monograma de nuestras EMES.

▪ EN EL CAFÉ

El piano
que gruñe metido en un rincón
le muestra la dentadura
a los que le pasan junto.
La bomba eléctrica
evoluciona su luz
en el espejismo de mis uñas
y desde la mesa
donde una copita
vacía
finge
burbuja
de aire
solo —a grandes sorbos—
bebo música.
En neblinas de vapor
van pasando ante mis ojos
los sopores de Asia...
Siento que anda por mi sangre

el espíritu de las uvas
del Mediodía...
y cuando los alambiques de la orquesta
dejan de filtrar
el alma ebria
—que le da por tornasolarse
en el azul de los sueños—
se interna por la callejuela tortuosa
de un cuadrado
colgado a la pared.

▪ LA TARDE TEDIOSA

No llueve. La poltrona
me da la sensación
de que estoy sentado
sobre una mujer acurrucada.
Con un dejo de distracción
prendo de nuevo mi cigarro.
El cigarro es un ovillo de humo
que se desmadeja en el aire.
Leo el poeta.
Tengo toda la luna
untada en el corazón.
Las consonantes se burlan del pensamiento
del autor.

Aba-aba ente-ente ino-ino
Y cierro el libro ramplón.

El no llover continúa.
La mujer movediza

mete su espiral
en el círculo de mi desolación.
Su espiral tiene los ojos abiertos
y está de pie
como para cazar una visión.

Memoro la historia de la mujer
desde la manzana antigua
hasta la manzana de hoy.
Y en presencia de este caso
exento de evolución
entono junto de mi alma
la innominada canción.
¡Virgen! terrible significado
pero verbalista en rigor.
Mundos de la noche sin habitantes
tristes de circunvolución
el vientre de la mujer
es un mundo de ensoñación
para el habitante desconocido
que espera el día de la creación.

El no llover persiste.
Consecuente con mi canción
busco debajo de la blusa
de la mujer hinchada de vigor
y encuentro el bulto de su seno
timbre
para llamar al corazón.

Nadie responde. Y en el silencio de la hora
sigo oprimiendo el botón.

▪ LAS CAMPANAS

A través de la distancia
las campanas conversan unas con otras
sobre lo que sucede en el espacio.
Pero cuando el día las inunda
las campanas se olvidan de sus compañeras
y dejan que sus voces
reboten sobre el embaldosado
y se alejen como un sinnúmero de pelotas de goma
que rueda por las calles de sol.
Y cuando el día se destiña
las campanas le gritarán desde lejos
a la tribu de nubes
que pasa para la batalla del ocaso.
Pero las nubes seguirán su rumbo.
Y las campanas se asomarán para el lado de la noche
y será como si se estuvieran asomando
las orejas de la hora.

▪ ESPEJOS

Para Juan José Pérez Domenech

En el rompecabezas de la noche
hay sensación de árboles
y de calles fluidas
signos
de la eterna fuga del planeta.

Calles angostas las del cielo
llenas de dengues y rincones.

Las estrellas
son farolitos
colgados a la puerta de las casas.

Y la luna alumbra
porque le da su reflejo
el vitral de una ventana.

Las noches están bocabajo.

Y vuelve el día
que es cóncavo
y que nos copia como un espejo.

¡Ay! que acaso nosotros
no somos otra cosa
que refracciones de otros mundos
vistas en el espejo del día.

▪ EL ALCOHOL

Alcohol.
Espíritu.
Vas siempre en fuga.
Loco. Loco.
Desequilibrista.
No eres de nuestro planeta.
¿Qué forma tienes?
Cuando te incorporas
eres llama azul
—inquieto—
y casi tocas el límite
de nuestra vida animal.
Pero luego te vas
y no sabe nuestra incertidumbre
si es esa tu forma
o si eres voluta
o si viajas en círculos
o si pasas en zigzags por nuestra vida.
Alcohol.

Bajo tu influjo
adentro nos tambalea la vida
y afuera
todas las cosas nos desconocen
y ante nuestros ojos
la calle
—ese reptil inmóvil—
empieza entonces a deslizarse
y los postes nos huyen
y las casas en fuga
comienzan a desocupar la ciudad.
Alcohol.
Voy a hacerte una ofrenda.
No es muy pobre mi ofrenda.
Te doy para siempre
para toda la vida
el par de muletas del equilibrio.

▪ LAS PISADAS

La mujer ha pasado
pero sus pasos
se quedaron sonando para siempre dentro de mí.
¿En qué seres ya muertos
repercutiría el ruido de sus pasos
cuando era niña?

▪ LA LEY DE LA ATRACCIÓN

Esta atracción universal
que me tiene sujeto
a la tierra...

¡Ah! pero algún día
vas a lograr —¡oh! sabio—
dominar esa fuerza misteriosa
—grave sobre mis hombros—
y entonces
ya no estaré pegado a la Tierra
y podré irme
hacia los canales azules de Marte
o hasta Saturno
—a montar en su rueda de luz—
o hasta Urano triste
o hasta Neptuno esquivo.

¿Me acompañarás entonces
¡oh! dulce niña?

Iremos lejos
lejos.
Y si nos coge la noche
nos quedaremos a dormir
en un pequeño pueblo de la Luna.

▪ LA MÚSICA

En el rincón
oscuro del café
la orquesta
es un extraño surtidor.
La música se riega
sobre las cabelleras.
Pasa largamente
por la nuca
de los borrachos dormidos.
Recorre las aristas de los cuadros
ambula por las patas
de los asientos
y de las mesas
y gesticulante
y quebrada
va pasando a rachas
por el aire turbio.
En mi plato
sube por el pastel desamparado

y lo recorre
como lo recorrería
una mosca.
Intonsamente
da vueltas en un botón
de mi *d'orsey*.
Luego —desbordada—
se expande en el ambiente.
Entonces todo es más amplio
y como sin orillas...
Por fin
desciende la marea
y quedan
cada vez más lejanas
más lejanas
unas islas de temblor
en el aire.

▪ LOS PARAGUAS

El palo de los paraguas
sopla sus globos de seda
para que el cielo los insulte.
Pero los paraguas son cínicos
y se alejan bajo la lluvia
en una panorámica desbandada
de cupulitas negras.
Y cuando los días claros
vengan dándole vuelcos
a los cielos infantiles
los paraguas se quedarán en casa
y mirarán por la ventana
pasar las nubes
y acaso se pregunten
quién los ha desterrado
de su patria azul.

▪ PROGRAMA

Al amanecer
BOTINES
café en leche
y un poco de paisaje.

SOMBRERO

Y después
árboles vagabundos
que vienen de la noche.

2 ½.
El esqueleto me aprieta
como un corsé.
Más tarde
el Café solitario
ciudad a medialuz
las calles largas de asientos
las azoteas de las mesas.

Y ahora
paseo sin sentido
larga calle
que se interna en la noche
como un muelle
y
Luis Vidales
camino de la perspectiva.

▪ ORACIÓN DE LOS BOSTEZADORES

Dedicado a LEO LE GRIS — Bostezador

Señor.

Estamos cansados de tus días

y tus noches.

Tu luz es demasiado barata

y se va con lamentable frecuencia.

Los mundos nocturnales

producen un pésimo alumbrado

y en nuestros pueblos

nos hemos visto precisados a sembrarle a la noche

un cosmos de globitas eléctricas.

Señor.

Nos aburren tus auroras

y nos tienen fastidiados

tus escandalosos crepúsculos.

¿Por qué un mismo espectáculo todos los días

desde que le diste cuerda al mundo?

Señor.

Deja que ahora

el mundo gire al revés

para que las tardes sean por la mañana
y las mañanas sean por la tarde.

O por lo menos

—Señor—

si no puedes complacernos

entonces

—Señor—

te suplicamos todos los bostezadores

que transfieras tus crepúsculos

para las 12 del día.

Amén.

▪ CUADRITO DE MOVIMIENTO

Estoy en la ventana.
Pequeñito
el paisaje soporta encima
todo el enorme peso de la lejanía.
¡Oh! si dan ganas
de domesticar el paisaje
y amaestrarlo con docilidad
hasta que se le pueda poner un marco
y así
—completamente civilizado—
tenerlo colgado en la biblioteca.
Y entonces
—mientras yo leyera el libro nuevo
sentado en el sillón giratorio—
resultaría sumamente agradable
alzar la vista de improviso
y ver que en el cuadrito llovía—
o hacía sol— o hacía viento—
o empezaban a salir las primeras estrellas.

▪ LAS SOMBRAS

Cuando sale la luna
empiezan a brincar sombras.
¡Chas! ¡chas! se siente que hacen al caer.
Y el suelo se puebla de seres estrambóticos.
Toda la noche estuve viéndolas saltar.
Una que cayó cerca
se fue conmigo
escondiéndose detrás de mí
o saltando adelante
e imitando mis gestos—
por lo cual he colegido
que la sombra
es el mono
de cada uno.

Después
—yo no sé cómo
la sombra se me embrolló en los pies
y armó un verdadero escándalo en plena calle

con su chillería de mil demonios.
Desde entonces sufro un miedo pánico
y a todo el mundo le aconsejo
que tenga precauciones
para que no se le enrede la sombra
al andar.

▪ PAISAJE EN LA NOCHE

El lago dejó de andar a través de cielos fugitivos
y se durmió en los brazos de la ribera terrestre.
La noche produjo la sensación de una gran cosa
tapada
hermética para los oídos y los ojos.
Uno a uno
los árboles se disolvieron en el aire.
Los sapos —inflados
y verdes como repujados en cobre rumboso—
abiertas las patas aferradas—
cantaban con la noche a cuestras.
Cuando la oscuridad había soltado toda su tinta
—en el fondo negro—
pude ver el viento ventrudo
que venía bocabajo
y se ahorcaba de los árboles
o pasaba estirado sobre sus piernas fluidas
como un ahogado.

Y entonces —tal vez como nunca volveré a
presentirlo—
bajo la oscuridad se hizo todo más claro.
Los sapos —de ojos de vidrio— parpadeaban aún.
Vi pasar su orquestación
en ligeras sombras verdes.
Y —en medio de aquel mundo prodigioso—
todos mis gritos se aglomeraron en la plaza del alma
y liberté uno
y era el grito del sueño
y se perdió en la inmensidad
con su leve sombra rosada.

▪ LAS PALABRAS

Iban asomando las palabras
en el libro
Espina dorsal
Diminutos esqueletos de la voz

Proyectaban en el aire
los reflejos de sus colores

Unas gritaban a voz en cuello
otras apenas rozaban el oído

Se ramificaban dentro de ellas
la vibración
la movilidad
el matiz
como un pequeño sistema nervioso.

Y
horror

del libro
empezaron a salirse las palabras
a andar
a arquearse
a deslizarse por encima de mis manos
y se internaron por el inmenso hueco de la vida real
ondulando y retorciendo
sus diminutos cuerpos de gusanos de luz.

▪ VAGO POEMA
DE LAS HORAS

Una hueca oscuridad
en mi cuarto.
Hueca
con oquedad de cueva.
No hay sino dos cosas en el mundo.
Las horas
y yo.
Esto es todo lo que hay en el mundo.
Yo veo las horas
desvanecerse en la oscuridad
como coronas de humo.
La hora es una periferia azul
que me aprieta el corazón
como un anillo flexible.
Yo sé que estas horas no tienen árboles
ni luna
ni sol
ni cielo de crepúsculo
y por eso estoy aquí —con ellas.

Son las horas mías.
Ellas lo saben
y se van curvando
como dorso de gato
para que yo las acaricie.
Pero jamás saben hacerlo
y en la oscuridad
las horas siguen pasando sus vientres
por el reloj.
Y yo me río de esto.
¡Cómo no voy a reírme!

▪ ACUARELA

Lo pavos reales
que pasean su luz verde
sobre los patios
le abren sus paraguas chinescos
al sol.

▪ POEMA DE LA PIEDRA

¡Oh piedra! ¡Oh pobre piedra!
Yo quisiera saber
desde qué época nebulosa del mundo estás dormida.
¿Por qué vives dentro de ti misma?
¡Oh piedra! ¡Oh pobre piedra!
Yo espero el día
—el día maravilloso de una nueva etapa—
en que vas a salir de tu largo sueño.

Y será bello verte.
Pues para entonces
moverás las patas
y sacarás lentamente la cabeza
y ante los hombres asombrados
empezarás a arrastrarte por el mundo.

▪ Ojos

Sobre la cola del pavo real
se abrieron una mañana
los ojos de las mujeres muertas.
Y no se han vuelto a cerrar.

▪ LAS NUBES

Las nubes son almas de mujeres
que perecieron ahogadas.

Mentira.

Las nubes son las ropas blancas
que el viento se lleva
de los alambres de los patios.

También mentira.

Porque

—¿las nubes?—

Naciones que hacen el mapa del cielo.

Continentes

países

islas

las manchas blancas de las nubes.

¡Oh! mi patria

mi única patria.

▪ EN LOS EMPAPELADOS

Oh primavera primavera
olvidad esas flores de campo
y de cielo
y venid a los cuartos
para que revivan las flores
del papel
Oh primavera primavera
os invoca
la inmensa flora exótica
Pero traed vuestros vientos
porque será bello espectáculo
ver
cómo se mecen al aire
las flores de los empapelados.

▪ LAS CATEDRALES

Siempre me había preguntado.
¿Para qué servirán las catedrales góticas?
Yo sabía
que hay un pino dormido
en la tour Eiffel
y que cada catedral gótica
es como una selva dormida.
Y me dije.
¡Oh!
las catedrales góticas
fueron construidas
para fundas de árboles.

▪ BREVE POEMA DE LAS 5 ARTES IRÓNICAS

¿Una estatuilla esbelta,
ágil,
retorcido manojó
de líneas irónicas?
Sí.

¿Unos versos rimados
—o no—
trapecio
donde el humorismo
—cabezón payaso—
desdoble una cabriola?
Sí.

¿Un dibujo
de dibujante bizco,
de un sombrero
y unas botinas,
y en medio un señor

tembloroso
como visto a través de un vidrio ondulado?
Sí.

¿Un ritmo burlón
que llegue y cruce por el alma
como un pájaro
por un lugar abigarrado
de paisajes?
¡Oh! sí.

Todo muy bello
y muy recomendable
para las orejas
de todos los tamaños
y para las entendederas
de toda circunferencia.

Pero más bello
y más recomendable sería
edificar un palacio
—desmesurada arquitectura—
en espiral,
que bajo el cielo incólume
y sin ningún viso de mejoría
se alzase siempre, siempre,
ligeramente irónico
ya sabemos contra quién.

▪ LOS BARRIOS

Barrios. Muelles oscuros
astilleros
puertos de tierra firme.

La rosa de los vientos
se estrella contra los postes
y se vuelve añicos.

Viento alegre de barrio
que por las tardes
viene a jugar con los papeles
y las hojas de la plaza.

Barrios. Callados en la noche
como si se hallaran
a espaldas del mar.

Paso sobre los puentes
de las calles.

Se cimbran levemente. Debajo
hay vida de agua.

En la oscuridad unánime
caen luces atravesadas
sobre el malecón de los andenes
luces tendidas en lo húmedo
que tienen las formas
de los puertos de que provienen.

Arriba de los postes que apalean la noche
apegado con innúmeras cuerdas
habrá un viejo buque
quieto
con las luces prendidas
o uno listo para salir del mismo puerto.

Yo voy solo por los muelles
la gorra y el traje raídos por la oscuridad.
Yo voy solo —como un golfo.

Cruzo charcos de sombra
y viento que les da oleaje.

Yo voy solo.
Pero me alejo silbando.
Y silbo
Y silbo
Y me parece

que voy acompañado de espíritus.
Barrios. Barrios.
Profundos barrios de la noche.

▪ EL ÁNGULO FACIAL

Cuando me lo presentaron le dije con inquietud:
—¿Pero qué hizo usted su ángulo facial?

La boca, la nariz, los ojos, las orejas, fuera de su sitio, aparecían amontonados en su rostro.

—Señor —me dijo el hombre de boca vertical—. Una vez un prestidigitador me escamoteó el ángulo.

Desde entonces sé que, como los paraguas, los rostros tienen una armazón. Y que la armazón de los rostros es el ángulo facial.

▪ PAISAJES AMBULANTES

Mr. Wilde ha dicho que los crepúsculos están pasados de moda. Es indudable que se podría disimular ese defecto si los paisajes variaran constantemente de sitio. Eso de ver un paisaje en un mismo lugar —es necesariamente aburrido. Lo contrario sería encantador. Y espectacular. Un grupo de árboles emigrando bajo el cielo. O un árbol que pasara para la selva-solo-recto-sobre sus innumerables patitas blancas.

Pero entonces la gente inventaría jaulas para cazar paisajes. Y un paisaje dentro de una jaula no debe sentirse contento.

▪ MÚSICA DE MAÑANA

La máquina de escribir es un pequeño piano de teclas redondas.

Vendrán grandes «virtuosos» de la máquina de escribir.

Serán gentes de largas melenas y de ojos melancólicos.

En las noches de luna. Sonatas. Y nocturnos. Y gigas.
Vibrarán las máquinas de escribir.

Y su ritmo —bajo estrellas— nos llenará el alma de deseos y de recuerdos.

▪ LOS DOS GATOS

El gato y su sombra. Son dos gatos —pero en realidad no es más que uno. Esto me explica la divinidad. La sombra es un gato más enigmático. Es más gato. Así debieran ser todos los gatos. Untados a la pared. Sería bello verlos andar. Entonces tampoco podría dejar un gato arqueado de señal hasta donde he leído. Pero podría detenerlo en la pared y fijarle debajo un tomito de almanaque. Un almanaque es un pequeño tratado de filosofía. He intentado hacer una definición. ¡Es tan peligroso! Pero —afortunadamente para mí— el gato ha desbaratado mis ideas —de un salto— y se ha echado en la poltrona —sobre su sombra—.

De un envoltorio de piel —que parece como si una mujer lo hubiera dejado sobre la poltrona— sube una musiquilla constipada.

Ahora todo ha quedado en silencio. He visto la musiquilla desteñirse en el aire como un color.

▪ LA NOCHE

El día es lo más ciudadano que hay. Eso no me lo puede negar nadie. El día tiene gentes y casas y pegados en las cintas vertiginosas de las calles, tiene tranvías-coches-autos-etc.-etc. Cualquier día de la semana —llámese lunes o sábado— está siempre lleno de ciudades. Pero la noche —¡ah! ¡caray!— la noche es lo más inculto que se conoce hasta hoy. La noche está bien en los matorrales. La noche —primitiva-selvática-reacia a la civilización— es el último resto de salvajismo en el mundo. ¿No habrá quién colonice la noche?

▪ TEORÍA DE LAS PUERTAS

Soy alguien dado a investigaciones científicas. Últimamente he descubierto una teoría de equilibrio.

Ante todos los sabios del mundo yo siento mi teoría de equilibrio.

Cuando una puerta se abre, la puerta equidistante, al otro lado del mundo, se cierra irremisiblemente.

Por esto —y todos lo hemos visto— de golpe, las puertas se cierran solas.

El día que todas las puertas se abrieran a una vez, el mundo quedaría lleno de huecos y el viento se entraría en ellos y se llevaría a la tierra por los espacios ilimitados...

▪ EL AGUA

Dicen las gentes. Tontas. Que el agua toma la forma del objeto que la contiene. ¡Ay! Pero no saben ellas que el agua trabaja-trabaja. Y si los vasos no se rompieran —si los vasos duraran siglos— se verían en sus formas las transformaciones que les ha hecho el agua.

▪ LAS INSTANTÁNEAS

Uno es una cámara fotográfica. Las piernas son el parapeto de esta máquina.

Cuando yo salgo a la calle me pongo a sacar vistas. Llevo una bomba de corneta de auto en el bolsillo para dar la ilusión de la pera de la máquina.

Y cuando una señorita pasa muy de prisa yo casi siento deseos de gritarle.

—Deténgase usted, señorita. Yo le saco su instantánea.

Y en ese momento apretar la bomba de goma en el bolsillo.

▪ TEORÍA DE LOS OBJETOS

Plática en el café

Como veis esto es un taco y esto una bola de billar. Dos cosas distintas, ¿verdad? Pues bien. Os digo que son iguales. La bola de billar es un taco estancado y el taco es una bola que ha hallado continuidad. Si por hipótesis dais ductilidad a la bola de billar y la estiráis, la estiráis, notaréis sorprendidos que la bola era un taco. Y si hacéis lo mismo con el taco —en sentido contrario— veréis cómo el taco era una bola de billar. Todos los objetos están en potencia con respecto a su forma contraria.

Cuando yo voy por la calle vigilo siempre mi bastón porque me da miedo que de golpe pierda su continuidad y se vuelva una bola.

Pero sobre todo tened presente esto —de donde se deriva lo que habéis oído. La línea es una circunferencia desinflada. Y la circunferencia es una recta que ha echado panza.

▪ LA VISTOSA INMORALIDAD

Así para qué sirve la religión. Y la moral. Y la sociedad.
Y las buenas costumbres. Esto es el vértigo.

En la calle. En el salón. En el teatro. En todas partes. Sí.

POR DENTRO DE SUS VESTIDOS LAS GENTES ESTÁN
COMPLETAMENTE DESNUDAS.

Así para qué sirve la religión.

▪ ELIGE TU LIBERTAD

Hay varias libertades en la tierra.
La libertad del rico hace llorar al pobre.
Hay dos camas, dos mesas que en nada se parecen
y el aire en los cuartos de las casas
proviene de dos mundos.
Si hablas de libertad
dime a cuál te refieres.
Es nociva al poderoso
la libertad de los de abajo.
Ella quema y no cicatriza.
La prensa es libre de convertir las letras en empresas.
El político es libre de entregarse a los de arriba.
Muchas son las libertades en el mundo.
El rico tiene derecho a defender su democracia.
El obrero la suya.
La de la televisión viene enlatada.
El poeta es libre de elegir la libertad que más le guste.
Hay la del oprobio y hay la pura.
Hay la libertad de engrillar.

La libertad de acabar la libertad.
La libertad de alzar la bandera del triunfo al viento
de la gloria.
Son muchas las libertades de la tierra.

▪ LA COSTURERA

Vida y lino lo mismo ata la hebra.
Une noche y aurora el pedal, de tope en tope.
Miseria. Son las 8, grita el reloj de los tristes
de la tierra.
Una mujer en el silencio cose, cose, cose,
cumple mil años al volver la rueda.

Por el telégrafo del carrete
los telegramas del cansancio se detienen.
Mujer obrera, hecha de carne y llanto,
hecha de hambre, luz y manos,
y de sudor, rocío del hierro.
Corre el trabajo, ferrocarril sin panorama.

Hay hambre en el vientre y hay hambre en los ojos.
Por el sudor el cuerpo llora en el silencio.

Kilómetros, en bloques y paquetes van las horas,
trenes monótonos y ciegos.

Va el pedal al galope.
Describe la existencia la polea de cuero,
la traza el brillo de la vida en la rueda que gira.
La máquina de coser es un vampiro
y de tu corazón toma su fuerza.
Monotonía, monotonía, chirría la polea.
Oyendo coser el ruido ya es recuerdo.
Tú tienes el cansancio, tienes la miseria;
el dolor cada día renovado;
el dolor antiguo es un morado en tu vida.
Mujer obrera, la que aplancha,
la que remienda, la que cose: tres mujeres
y una sola. Remienda, cose, aplancha y canta,
canta la canción:
Mañana nueva del planeta,
la Revolución ya incendia el cielo,
hay una nueva estación.
Cinco son las estaciones de la tierra:
Verano, Invierno, Otoño, Primavera y Revolución.

▪ A LA LIBERTAD

Para mi amigo Armando Londoño

Párese el río y cesen sus rumores;
no dé el rosal su rosa conversada;
no hable la bandera sus colores;
quédese la estación estacionada.

Muera el árbol; no se alcen los alcores
y el sabio ruiñeñor no diga nada;
la luz no rectifique sus fulgores;
desembárquese el agua ya embarcada.

El sol suspenda su divina serie;
endurézcase el viento y no lo diga,
y el ancho cielo deje la intemperie.

No hable la voz sus altas soledades,
¡que la patria dejó de ser amiga,
y están sin libertad sus libertades!

▪ CALENDARIO

Pienso en el hombre que trabaja
o en la mujer que hila
o cose a máquina
en los niños del campo en fila india
camino de la escuela lejana
en los cinco años escasos
laborando desde el alba
hasta el ocaso
en la cárcel de la fábrica
y veo entre mis sueños
la espléndida mañana
llegar de un túnel semioscuro
y está recién llegada
hacia las cinco en punto
y ante su eclosión de colores me pregunto
si ella no es nueva
ante la explotación de los humildes de la tierra
sino tan vieja como el mundo.

▪ CANCIONES A LA ALTURA DEL PECHO

▪ I

Libertad. Libertad.
Todo vuela de la pesada condición terrestre.
Hay un vuelo de ave herida en el talón del hombre.
Mucho más que estar fijo, el árbol vuela.

Más que en el cielo, las auroras y las noches
se están haciendo en nosotros.

Y hasta el viejo camino sueña que está volando en
el polvo.

Oh libertad, portadora de la inocencia;
tanto así madura la manzana para el transporte
de su sabor.
Tanto así la manzana.

El toche abre su flor negra y roja en el aire
del trópico
y el viento se hace verde en los nogales.

Así tú, lamparón, de repente,
en la suavísima atmósfera de miseria cargada.
Así, tú, Libertad.

■ II

Tengo la edad del hombre y apenas lo malicio.
La emparejada muchedumbre
ha clausurado la historia muda.
Este cielo tiene un color de exilio.
En el corazón unánime
rota el mundo
y en todas las cosas habla, ríe, canta
un acento de porvenir llegado.

El ser múltiple, de invencible coraza,
tiene cita con los próximos soles.
Sombra de siglos en derrota
pasa sobre las estrellas.
Tengo la edad del hombre y apenas lo sospecho.

■ III

En la cicatriz del alma
el viejo tiempo en mí retoña.

Por el afecto que me liga al hombre
mi corazón se hace sombra.

En mis ojos levanto todo el cielo.
Y en él te veo, me veo,
oh mundo, oh mundo,
límpido mundo justiciero.

Este es el viejo cielo,
el mismo, vario y uno.
Algo de nuevo tiene, algo de nuevo,
su inmensa aurora clara,
su pacífico uso.

En dónde agosto da y ¿cuánto pide?
Tan sólo tu alegría.
Subes, mundo mío,
te ovalas a mis ojos, totalmente,
al negro mundo viejo a un lado queda,
me veo en tu claridad, profundamente.

Más que nube y agua y niebla, es el vacar
lo bello de estas cosas.
Más que viento y cielo y rosa,
eres tú el apretado capullo de estos días.
Libertad. Libertad. Libertad.

▪ ALINA, VAMOS A LAVAR EL CIELO

Con esponja y jabón, Alina, lava el cielo.
Le quitarás los malos caminos, buena.
Borrarás los presagios, los traspíés, el barro ciego.
El negro limo que suelta el infinito a los confiados
mortales.
Lo dejarás lustroso y azules y rojos y ocre
de su campana dirán el buen tiempo.
Harán sonar la libertad por primera vez en la tierra
y limpiarás la mugre medieval, la mugre antigua,
la mugre renacentista, la resabida mugre actual.
Esclavitud y servidumbre y cloaca industrial
serán barridas por ti, Alina buena.
El cielo será sorprendentemente el cielo
algo inconcebible de verdad maravilloso
tan limpio tan pulcro tan higiénico
que allá en su fondo veremos a Lenin Marx Engels
Ho Chi Min
los Camilos el Che y Luis Tejada
Toma Alina esponja y jabón y lava el cielo
para que aparezcan los puros.

▪ EL VIENTO

Este viento que viene es desconocido.
No es ninguno de los de nombre propio.
No es de mar ni de montaña.
Ni es ninguno de los huracanes medidores de nudos.
Es un desconocido este viento que llega.
Desde la prehistoria viene, cruza las edades.
Toma fuerza en las selvas de hombres, no de árboles.
Crece, crece, ya está con nosotros, y puede pasar.
Este viento es suave y sedoso.
Pero es la rebelión este viento, este viento.

▪ INVITACIÓN AL COMBATE

El río crecido hasta los montes llamando está a su
muerte
la noche de mi cuarto es mayor que la otra
y he aquí que oigo los gritos de otro tiempo
«Ni un minuto a perder» alguien dice en mis sienes
«Apresúrate» en mi pecho escucho y alguien clama
«ante el sol de la lucha pequeño es el corriente»
me piden que no olvide las estrellas del día
que en el Vietnam pusieron al cielo mis hermanos
que mire el resplandor que sobre el mundo ellos
alzan
alguien me dice «alerta» y me conduce y luce
la gran voz del marxismo para que algo ocurra
y luego alguien me llama con infinitos nombres
son muchos son decenas son cientos son millones
me piden avanzar nos piden avanzar
amigos compañeros ¿no vamos a escucharlos?

▪ LOS TRES PAISAJES

▪ PAISAJE I

Callada, mi memoria me trae de no sé dónde
y me deja caer, todo entero, en el campo.
El aldeón reposa y la noche suspira.
Pasa el sendero blanco por mitad de la luna.
Hay un riacho, un recodo, un puente enmusguedo.
Viejos sauces se doblan
más que por el traje de hojas y de ojos
por un peso mayor: me refiero al recuerdo.

La pareja en el puente ya selló con un beso
el paisaje infinito que va de río a luna,
así como en un círculo un cuadro memorioso.

Mi palabra se ha ido. Los viejos desespero, languidez,
desventura,
son ya una cosa nimia: una mota en mi traje.

En el silencio fiel
la memoria, me alcanza, de regreso, este grito:
«¡Alfredo de Musset!»

■ PAISAJE II

Está el rugoso tiempo dormido en el pinar,
viejo apergaminado ya indemne a lluvia y soles.
El aire que entra a Roma desde el albor del mundo
orea mis mejillas pero ahora pregunto:
Mais ou est son fraîcheur d'autre époque ?

Adjetivos suntuosos, fajados como momias,
por las eras de los alejandrinos desfilan
en el paisaje de los fantasmas.

Vago por las estancias de los dioses antiguos
tan apergaminados como las cáscaras del pino.
Por la estampada flora de retorcidos árboles,
voraces flores, cuernos mudos, bosques de cetrería
del seco universo de las telas.

Allí los dioses jóvenes tienen su morada,
y los héroes congelan en un gesto la historia.
Cruzan por un opaco espejo, me sé bien lo que digo,
se besan las parejas, repiten otras lecciones conocidas.
Al fondo, frío, un paisaje de Herculano o Pompeya.

En torno a los brocales romanos
los dioses embalsamados departen.
Un viento disecado
—que fuera matinal un día en Grecia o Roma—
indaga: «¿José María de Heredia?».
Pero es mudo el rugoso tiempo del pinar.

■ PAISAJE III

Estoy en la mañana sangrienta de los pitos,
alto de libertad, junto a la huelga de los humos,
los árboles en huelga, la huelga de los vientos.
Hoy ha nacido el mundo
con el alba bien hecha por las fábricas nuestras.

Puro, sentido amor de la intemperie,
amor de cielo infiel,
mañana de la hoja,
humedad dulce de haber estado con mujer.

Esto dice el brezal
y tiene el aire frescor de punta de almohada.

¡Oh! inocencia del tiempo:
anoche durmió aquí la Libertad.

▪ ROMANCILLO-IDO

¡Sus! que corriendo vienen
los días largos lebreles
y en el redondo escenario
pinta la luz sin pinceles.
La luz pinta sin pinceles.

Los días vienen, los días
nombre
número
y al cesto de la basura
caen como papeles.

Mi lunes quedó arrugado
los basureros lo llevan
al gran entierro del tiempo.
Mi lunes. Mi martes.

Al sábado de tu beso
ya lo llevan a enterrar.

La luz pinta sin pinceles,
no deja de resanar.
No queda huella en el cielo,
siglos vestidos de nube
ya no están.

No queda un tenue rosado,
un azul, un cendal.
No quedó huella ¡ay!

▪ VIDA OBRERA

¿Qué cosa es tu vida, obrero?

Luchar a brazo partido,
y ponerle a cada lucha
tu aguja de marear.

Luchar,
ir a la cárcel,
y en el desfile cantar
para ponerle en el aire
a la ciudad,
un color rojo de ira
y un claro de porvenir.

Dejar constancia en la plaza
de que eres multitud
y oír en el huracán
de la huelga
el torrente del alud,
la ronca voz de la selva,
el subterráneo lamento

de la Tierra,
el turbillón del sargazo
volando hacia el porvenir.

Y volver luego al trabajo,
al magro plato,
y en un plato de plata
darle al patrón tu cansancio.
Eso es tu vida, hermano.
Combatir,
fatigarte,
sufrir,
ir
y venir.

Y alzarte en la asamblea
donde es tu voz una persona
de pie, tan alta como el mundo,
tan límpida y tan llena
de claro porvenir.

Esa es tu vida obrero,
hasta alcanzar el fin.

▪ CORO DE LOS OBREROS DORMIDOS

Oímos a los roncadores a compás en la noche:
«Pensad cuánto hemos trabajado en la tierra.
Haced memoria, memoriosos.
Pensad cuánto hemos trabajado en la tierra.
No preguntéis el desde cuándo.
La hoja del orégano sea lengua que lo cuente.
Pensad cuánto hemos trabajado en la tierra.
En los mataderos las entrañas palpitantes
de estos viejos parientes nuestros
la vaca, la ballena, el venado, el caballo, lo digan.
Pensad cuánto hemos trabajado en la tierra.
¿Dónde nuestra jubilación, ¡eh! cielo duro?»
Oíamos a los roncadores a compás en la noche.

▪ ISABELLE BLUM ESTÁ CONTIGO

Isabelle Blum no murió en mi pecho.
No acababa de morir en esta nube.
No se ha ido en esta lluvia.
En esta parte mía de otros días
Isabelle Blum no se murió.
Bella es su manera de estar viva
porque las cosas fugaces mantienen su presencia
y no se han ido.
A Isabelle Blum viva en la Paz la veo.
En la bandera de la Paz, en la paloma
de Picasso, en este hombre
que pasa por la calle y no sólo sabe.
En una hoja del tiempo quedó su nombre escrito.
En este aire o patria de la historia
a Isabelle Blum la leo para siempre.

▪ LOS ALLANAMIENTOS

▪ I

Entraron a mi casa militares
y el alba se vistió de verde-oliva.
Detuvo el agua su corriente viva.
Se apagaron los mundos estelares.

Ariadna dejó quietos sus telares.
Pidió el árbol que el viento superviva.
Y en el aire se oyó la sorpresiva
muerte de las campiñas tutelares.

Ajeno a mi sed quise ser mío.
La rosa sintió sed de su rocío,
y tuve sed de todo cuanto existe.

Mi vida alguien cubrió de oscuro velo.
El día militar me negó el cielo,
me dio el pesar, y la Colombia triste.

■ II

Pasan los días con el tiempo a cuestras.
Ceres las eras del trigal no aroma.
Orfeo alza vacía la redoma.
Y Pomona está herida en las florestas.

Lejos están las militares gestas.
Colombia en ruinas su visión asoma.
Sufre Picasso herida su paloma.
Vulcano muere las clavijas puestas.

Dos terrorismos van al mismo horario
y no se oye más gorjeo diario
que la descarga en que los dos compiten.

Ícaro vuela a bordo de sí mismo,
piloto militar hacia el abismo.
Y sus alas de cera se derriten.

■ III

Llegaron los espectros de la casta
Dijeron al entrar: «Lo suyo es mío».
Homero en su anaquel tembló de frío.
Y maliciosa se mostró Yocasta.

San Francisco fungió de iconoclasta.
Al infinito azul clamó Darío.
En los tomos el sol se hizo sombrío.
Y Ulises quedó preso en la subasta.

Son los nuevos fantasmas de quien viene
a subvertir el orden de este mundo.
¿Luna de miel si es árida Selene?

Y vi a Rimbaud, en vilo sus hisopos,
y no meó hacia el cenit profundo
con venia de los altos heliotropos.

▪ ESTOS ANDAN DE CABEZA

La paz puede verse en los cultivos de los campos
las naranjas no son bombas de neutrones
comer cañones en vez de arroz es indigesto
¿qué tal si el día resolviera de pronto devolverse?
he aquí que ahora los hicieron las razones
si el arrozal se liga con la plaga el arrozal es el que
pierde
¿qué pasaría si la nube se enemista con la lluvia?
jamás en la canícula luchó el viento por mejor causa
su árbol genealógico levanta la grandiosa ceiba
y esto dice lo que sabe de ascendencia
¿si no progresara el tiempo qué sería de los años?
no manchéis el amarillo de Van Gogh en las praderas
sólo la luna vive en cuatro caras de prestado
la máscara de ojos oblicuos no asusta a Pomona en
las florestas
quien tenga ojos para ver que vea
quien tenga oídos para oír que oiga
quien tenga entendimiento que lo aplique

algo escapa a la nomenclatura binaria de Lineo
la variedad de los que andan de cabeza.

▪ LA DANZA

*Para Marie Estripeaut,
mi ilustre crítica*

Es mar del tiempo en el silencio mío
este que de alta paz ciñe al planeta.
Oh ¡la insondable eternidad secreta!
Ícaro mira el mar con desvarío.

No despierte de horror en mí al poeta
—crimen de hoy— el hontanar sombrío.
Gozar quiero este inmenso poderío,
sin litoral, sin límite, sin meta.

Cantar, cantar. Al vasto mar cantamos.
La caracola del reloj le canta
la cósmica canción que no oyen otros.

Y en la danza estelífera en que vamos,
como el compás es grande a nuestra planta,
la Tierra da la vuelta por nosotros.

▪ DECORACIÓN DE LA MAÑANA

Abro la ventana
tengo fe en la rosa
creo en la nube
porque sigue su curso
sin que le importe su destino
devoto soy del mar
que va de verso en verso
de ola en ola
playa en playa
aunque más lejos va el que sueña
de la pila del patio
cuando en la noche
la oigo conversar
con el cosmos
soy creyente
y a mi paso
del gran gigante verde
en que arboriza el pájaro
asisto reverente

al relato del cielo
en horas días y semanas
contándonos los años
en su habla
y le pido al botón de la amapola
y al cogollo
a la oruga
y al insecto
que por favor me dejen ver
en una sola abarcadura
su escondido universo
y al río a quien le ruego
que no se vaya
y a la flor a la que imploro
que se quede
y al viento al viento
al viento le invoco en mi rezo
que regrese
a mi pequeño perro
que descansa un minuto de mirarme
si es que puede
y al planeta
al que dedica
esta oración de la mañana
aquel que dice y lo predica
soy el hombre que sueña
y entorno la ventana.

▪ EL ABSORTO

Embebido en el diario, tatuado de letras,
una leve caída de otoño
al vuelo de las páginas.

Comprendía la última noticia entre los árboles
en la voz del labriego el paisaje
en el trigal el alfabeto de los campos.

El absorto. Leía
la llamada sideral en la ola,
en el río los pequeños ayeres
y en la entepiel del rostro
el color de Judas tiñendo conciencias.
Definitivamente, el absorto.

La piedra no dejaba de musitar
su estelar procedencia.

Una vez preguntó: ¿de qué árbol será la madera
de la cruz que preside
las fugas del tiempo?

Y oyó la sonrisa de los objetantes.

▪ ¿AQUÍ, EN DÓNDE ESTÁS A ESTAS HORAS?

Hace siglos de siglos
constantemente llega
roca menuda
de la cantera iluminada de los cielos
crece el volumen del planeta
y es inmenso
este invisible reloj de arena
ya no se sabe si somos de Saturno
o de la constelación del Centauro
si hallamos estrellas en la marcha
o si al fin conoceremos
la procedencia del compás en nuestros pasos
¿mas por qué nos sentimos impulsados
por un poder enemigo
sin saber que damos vueltas
por el carrusel de los mundos?
Ese fluir sencillo
y permanente
quizás podrá ser pesado en otros siglos

en términos celestes
porque es posible ¿quién lo sabe?
que a estas horas del destino
nos encontremos ya en otra parte.

▪ AQUÍ, FANTASMA CELESTE

Qué rumor oímos en la noche callada
como espalda de silencio o revés de voces
qué rumor en la corona de oscuridad preñada
habla de astros o zumbido de aviones
qué voces altas qué trasegar de hierros
qué gritos de mando o bocinas de cautela
qué órdenes de rumbo por zonas estelares
óyense allá qué escándalo inaudito
oímos sin embargo entre los parpadeantes luceros
nada la noche dice
y hacia el origen mismo de aquel estrépito celeste
alzamos no más alzamos la mirada
y arriba sólo vemos
el ala muda de la luz volando
y el celeste equipaje cruzando en gran silencio.

▪ AQUÍ, INVIERNO EN PARÍS

Tras el cristal el esqueleto de los árboles
en este frío internamente ardiendo
entre ayeres de agua voleados hacia dentro
un pájaro de nieve cae muerto
tu mirada toma el puesto de la golondrina
no levantes la voz se te congela
se te congela el corazón y el resto del paisaje
pon en reposo el ala que en alguna parte agitas
el polo ha llegado con su gabán imposible
y su vieja nostalgia de tipo anónimo
aire luz fuego grito
todo fue quemado por la llama del termómetro
empujado por la presión del cielo
hasta el último rincón de los recuerdos
canta canta mientras la inmensa ala blanca
roza la punta de tu persona interior
pero canta sin voz
en tu propio fuero de paisajes seres cielos
en tus ojos hacia —otro— lado

canta lejos lejos
canta en silencio
porque el invierno está pasando como el fantasma
de otro invierno.

▪ AQUÍ, LOS DESCONCERTADOS

Llegó el futuro sin que lo buscase
y desde allí miró lo mío
no era nada de lo imaginado
el día vino a irse
fue tenaz la mentira de la nube
y el mar los imitaba
las reglas del juego las cambiaste
sin quien ni por asomo lo comprenda
todo pasó en silencio
continuó la burla y no se abrió la puerta
y aquí estamos unos y otros desconcertados.

▪ AQUÍ, LA POBLACIÓN DE LA CASA

No estoy solo en mi casa
si cuento por las voces
oigo distintamente esas de los míos
una por una con su tono
las de los amigos visitantes
las de los amigos que no falten
y ahora me pregunto
y estas que encienden mi hogar y lo estremecen
altas bajas de canto musicales
de acentos y timbres de voz y de colores
venidas de muy lejos
de ese mundo que no cabe en la mirada
por caminos apenas presentidos
y despiertas las siento en mi morada
debo agregar a mi legión de seres
la de estos huéspedes
que no entraron a la casa por la puerta
se turnan en la compañía que nos hacen
y uno no sabe bien si forman parte

de las poblaciones ingravidas del aire
unas llegan otras se van y vuelven
he ahí a mis sorprendentes habitantes
a los que cuento enumero y sé sus nombres
entre mis miembros familiares
así sean sus apariciones
de tiempo en tiempo en las veladas
y así sean incontables los parajes
que nos traen
desde los propios márgenes del mundo
dejándonos perplejos
más basta sólo que con el pulgar y el índice mis
dedos
muevan un botón un leve sésamo
para que se haga el prodigio que les cuento.

▪ AQUÍ, LA CASA VACÍA

A las 2 de la tarde se le ha perdido el número en la
lluvia
y entre los árboles la casa tiene el martes carcomido
una voz que pretende haber llegado de quién sabe
qué planeta
se reduce hasta ser un vientecillo convencido de
que es hoja
desde el fondo del ser no muy adentro hay un bramido
que insiste en echarle cal de otros días a la casa
nada es posible nada
cuando la rueda del tiempo ya no muele
y su inmenso caballo relincha a la orilla del río
un salto a las 2 y media y otra vez la claridad
haciéndonos creer que es distinta a la de hace millones
de años
todo parece haber cambiado pero detrás de esta casa
en medio de las cosas insistentes
día y noche desde el principio del mundo de los vivos
el pino espera al ahorcado.

▪ NOCTURNO NÚMERO OCHO

Llevar un río en uno cantando como un niño
y el mar del tiempo, en uno, mugiendo a las estrellas
noche
y día
Y entrar al sueño solo, lo que se dice solo,
tan sólo acompañado por el ser de otros días
sin que valga en el lecho
el cine de la almohada
ni el cobertor en que los dedos cierran
la adormidera de un país gigante:
el país escondido en que me duermo
para que después se agrande
y su gran muchedumbre me haga compañía.

▪ **ALGO ACABA
DE ROMPERSE**

De pronto en el silencio neto de la alcoba
en la mudez de vaca de la tierra nocturna
un objeto cae al ciego vacío
en el cuarto sin habitante
y el chirriar de una puerta
deja pasar al no anunciado
así el fantasma audible
cruza la extensión de la noche
para que luego digas es el viento
es el viento.

▪ AQUÍ, TE MIRA EL DUENDE TUYO

Para el gran poeta Juan Manuel Roca

El fantasma era tu lado mudo
allí se había radicado y te miraba de soslayo
por tu parte iluminada se le veía la sonrisa
con su dentadura expresiva
las bondadosas palabras llegadas de lo hondo
y de seguro el amor fiel de esa parte tuya
pero el fantasma mantenía su presencia
con cierta fijeza invasora eternamente muda
que los seres sean así qué hay de raro en ello
el atrincherado les come tramos considerables de su
vida
andan con el fantasma andan y mueren
sin que desate la lengua que no tiene
a veces muy contadas se oye su rumor y creemos
vislumbrar una vida intensa y luminosa
pero todo vuelve a caer pesadamente en el misterio
en el que detrás de tu mirada se divisa
al ser que no habla con su amada o con su amado
el amigo o la amiga

el padre o la madre con los hijos de su carne
ni estos todos corroídos por el fantasma obstinado
de pie en medio del mundo con su mutismo penetrante
y desde allí nos mira de soslayo.

▪ AQUÍ, EL ASTRONAUTA

El pensamiento ha venido a apretar mis sienes
sus latidos hacen de mí un tambor
en que la piel se roza con los astros
el cielo que me cabe en los ojos ignora su tamaño
pero por mi sombra
que alguien bota sobre mí como un abrigo
y por otros signos de menor consistencia
llego con pasable elegancia pero sin disimulo
el brillo de otros mundos del voltijeo celeste
soy astronauta desde hace quinquillones de años
y únicamente me finjo terrestre
y contribuyo al engaño
por esta complicidad de dar un paso
para sacar el siguiente.

▪ AQUÍ, LA CITA

Te dije a la noche nos veremos
tú te hallabas a lejanos kilómetros del día
entre los dos había nubes, montes, ríos
el material de la distancia
oí que tú me respondías, nos veremos a la noche
llegó la hora cargada de mundos y presagios
pasó una ráfaga por el cuarto cerrado
y tú y yo quedamos frente a frente por una eternidad
en un solo abismo sin fondo ni fatiga
y cuando estrechamos nuestras manos
en el gran nudo de la muerte y de la vida
se tambaleó el cosmos
con la misma descarga de otros días.

▪ AQUÍ, LA LLAMA

Alguien vino a decir que ardíamos
no fue la golondrina a la que vimos
con la punta de la estación en el ala
sólo era el día que pasaba
alguien vino a decir canturreando entre dientes
oh fulgor de tu lámpara
pero no la veíamos
pero no la veíamos

buscábamos en torno nuestro la ceniza
las pavesas pero allí no había nada
excepto nuestra sombra
los rescoldos cósmicos serán invisibles
pero quién puede en buena cuenta saberlo
hay sí una voz de dónde de quién
cierta o inventada
pero una voz clara que nos dice
sólo la llama cuenta

▪ AQUÍ, LA VISITANTE

Es una tenue voz casi un color desvanecido
ha entrado por el muro por donde llegan los fantasmas
sé perfectamente lo que me dice pero no quiero
contarlo en el poema
es como un dibujo lila por efecto de la distancia
todas las noches está ahí en el mismo sitio
y aunque no lo quiera traza el diseño de cuerpo entero
el alto y precioso diseño de quien la envía
será esa la voz que dice yo la oigo la oigo
soy Liliola vengo a golpear a tu puerta
porque es una puerta el pecho
y él se abre en mí de par en par en la infinita noche.

▪ AQUÍ, MENSAJE CON POSTDATA

El que penetró por la puerta cerrada
puede esperar a que lo atienda
primero tú luna de espejo
que no le ves pero me engañas
la luz que pasa sola por el cuarto
hace mal en no revelarme su procedencia
todo es tan sospechoso
como este botón de la chaqueta
dándole vuelta a las semanas
como cualquier satélite modesto
de los convencidos que brillan por su cuenta
un duende con hambre se supone
hace caer un plato en el comedor
si no es que de la lejanía próxima a la casa
entra el viento
correctamente vestido de levitón de un pino
y el cuarto desde luego
se pone por completo verde
y este es todo el mensaje recibido

con esta postdata
de la Décima Pléyade me están llamando a gritos.

▪ AQUÍ, EL HURACÁN

Por contrariar en este sábado es viernes
son cosas del conjuro
para el día ligeramente verde
en su condición de vísperas de domingo maduro
a veces puedes tener un aire de estación de color
claro
desde hace algunas no sé cuántas centurias
o cinturas previas a la fundación de los relojes
desde las tales o cuales nos sigue paso a paso
quién no ha visto a mi Liliola por la pradera de
asfódelos
son estas las relaciones
de que somos testigo en las alturas
los imanes palpitando en lo profundo de los seres
el crecimiento de las amapolas en menguante
y el girasol del mar bajo la celeste levadura
olas secretas agrían el carácter de las solteronas
los orates se agitan en sus rocas interiores
tantas cosas que sólo tocamos con la punta de la

memoria

indican las mareas de otra procedencia o de la misma
porque todo es orilla y tú y yo qué somos
sino orilla en esta interminable contemplación orilla
borde mientras el huracán pasa por el inmenso abismo
y nos lleva.

▪ SONETO ESPECTRAL DEL HOMBRE HUMO

El hombre es humo ¡humo!, me dijeron.
Entre sueño y vigilia alcancé a oírlo.
De sus propias pisadas sin sentirlo
¡cuántos en el pasado se perdieron!

¿Dónde están?, inquiero. ¿Qué, pues, se hicieron?
¿Qué soplo puede al hombre diluirlo?
No vino el mundo ámbito a decirlo.
Ni el viento me contó de los que fueron.

Pedí al cielo la gente devorada
y el inmenso reloj no dijo nada.
Pero de pronto tras el aire siento

la voz de Haroldo Conti en la hondonada
decir: «yo, el diluido, represento
a la nueva progenie evaporada».

▪ AQUÍ, EL SOSÍAS

Habló en la clara mañana mi sosías
si sabes de algún *jet* más veloz que el tiempo
me lo cuentas
pues lo estudio en la lectura de las nubes
y no acierto
compárame si quieres con el barco
agresivamente inmóvil viajando en competencia
con las olas
fue así tomando cuerpo el día
los árboles se hicieron estatua de los árboles
el estruendo del cosmos
y crecía el desplome
interfiriendo la población de mi silencio
oh ¡mi soledad acompañada!
quise gritar desaforado
pero no hay caso
ya soy cielo de tanto que he vivido
soy poeta no lo niego
y si me dicen no cite nombres en el coro

de los que a la paz le siguen disparando
pues entonces
que me dejen soñar a pierna suelta
vagar vagar porque poeta calzo
¿es que no sangra en *La Eneida* por Eneas
la rama virgiliana si la cortan?

▪ EN LA RIBERA DE LA NOCHE

En la ribera de la noche
una barca por este mar avanza,
no la veis porque la hizo la memoria.

Una barca fantasma mía, por este mar.
¡Y el mar no necesita que le digamos grande!

Del astillero mío surgieron barca y mar.
Vamos los dos y el cielo que les pongo
lo hice yo, yo lo hice, os digo,
con el material que todos conocemos.

Nada pueden los elementos contra ella,
indemne a los naufragios,
nada contra este mar, contra este cielo,
contra todas estas frágiles maderas.
Porque todo fue hecho con material indestructible
en la ribera de la noche.

▪ LA CASA DE LOS PADRES

Nocturno en pleno día.
La página de cristal de la casa
es de difícil lectura.

No sé qué me ocurre con sólo recordar
en este río que pasa por las calles
las nubes de nohacemucho.

Alguien corre bajo la lluvia.
¿Qué cosa es esa especie de flamenco,
de fantasma de ave o pájaro agorero
volando a ras de tierra bajo la lluvia
con el modesto nombre de paraguas?

¡Hace tan poco le vi llevarle al brazo
como el azor de otros tiempos!
Alguien corre ahora con este espectro izado.
La lluvia lo cubre de un ropaje más celeste
que el del sol cuando nos hace más de día

por un costado que por otro.
Su sombra debe andar ahora por Sirio.

La chica de mi cuadra vocea el periódico de la tarde.
Cuando salgo
no puedo contener la imagen
de un ángel con las alas plegadas recostado a mi
puerta.
Su voz es el único círculo que no moja el agua
y no importa que la luna no haya asomado su círculo,
se sabe que está ahí, rondada por cohetes.
Los poetas de antaño se horrorizarían de su mentirosa
beldad.

Como nosotros ahora
bajo la página del cristal de la casa
mirando en el río de las calles
ya de lodo y basuras que el agua arrastra
las nubes que no ha mucho hacían soñar a los poetas
y a los niños.

▪ AQUÍ, LA CELESTE

Llega la insólita del cielo
no es ángel de la guarda
no es duende de ultratumba
no dibuja en mi marcha
«la señal de los tiempos».

Por caminos secretos
vino del éter a mi lado
fielmente me acompaña
porque el cósmico vuelo
a los dos nos circunda
va delante a mi espalda.

Los dos vamos en la ronda
de la inmensa luz dorada
¿para dónde? ¿para dónde?
y cuando voy en su busca
en el cenit se hace redonda
o de pronto se me esconde.

Es un don del firmamento
siempre a mi lado siempre
va en mi estro giratorio
yo celeste entre su onda
tan fiel que cuando reposo
también conmigo se duerme.

Giramos porque giramos
y porque somos celestes
y así seamos opacos
he recibido esta aurora
del gran vendaval del tiempo
pues eso —os cuento— es mi sombra.

▪ AQUÍ, LAS IMPALPABLES HUELLAS

De estas huellas cito el oculto espanto aquí en mis
huesos
otras me las dejó mi progenie antes de irse
a veces cuando me ausento y no me encuentro
en mi piel están las de los dedos de mi stirpe
el día con su sistema morse algunas me ha dejado
¿en dónde no las siento?
el recuerdo de Beethoven en un leve sonido de cristal
las libertades ilimites del preso
en los años idos ¿acaso su color no está en el árbol?
Os dejaré mis huellas de recuerdo
y como por orden superior debo llegar a mi final
cuando vaya a mirarme al río y no me encuentre
insistirá mi calavera en seguir viva en sus huecos
será mi última huella ¿no os parece?
y el vacío de mi memoria será ese grande cielo que
ahora vemos.

▪ PRESENCIA DEL RITMO

No era un recuerdo era un perenne ritmo
cayendo, pálido, entre la voz y el sueño.
Interesando a las cosas o dándoles su color,
manso cayendo, fluyendo, con su olvido
persistente de días lejanos, cielos claros,
noches de amor, otras vidas vividas.
No. Era sólo limpia, insinuantemente, un ritmo.

Era un ritmo, no más, entre la palabra y el silencio.
Actuante, tenaz, indicativo, hablando acaso
de mil presencias muertas, un grito sin saliva,
un apretón de manos ¿en qué planeta?, un cruce de
caminos,
¡qué sé yo!, la cadencia del llanto o sangre blanca.
Pero no. No era llanto o grito, era solamente un
ritmo.

Era tan sólo un ritmo, algo sin valor o casi nada.
Sin oficio en la razón o en la fecha de algún gozo.

Lejos de cuanto está aquí y al tocarlo ya no es.
La nube, el paso, el agua, el gran periódico del Cosmos.
Ninguna de esas minucias. Era un ritmo tan sólo.

No era una orden de triunfo o derrota. Era un
gozoso
manso ritmo cayendo sobre el nocturno vigilante
de la sangre,
sin el tropiezo de la noche verdadera del pie ciego.
No era un azar, nada aleatorio ni inseguro.
Era un ritmo, era tan solo un ritmo limpio y generoso.

No era una música adormecida o despierta de otro
tiempo.
Ningún recuerdo en mí de viejas marchas crecidas.
No era odio o amor, interés o abandono o el saber
llevar el nombre
como una inscripción o anticipo de lápida a la manera
de todos.
No. Era un ritmo, un dulce ritmo visitante,
sólo un ritmo.

No era voz de hambre o hartazgo ni esa alusión
premonitoria
de llevar tierra en las plantas y cielo en nuestros ojos.
No era modestia, no era tolerancia de nuestra
condición
de presos
ni siquiera el estar solo en ese punto del ser donde

alguien aúlla.
Era sencillamente un ritmo, sin dolor ni hambre ni
sed.

Digo, repito, me ha llegado un ritmo esta mañana.
Un ritmo sin congoja que ignora el afán, ni exige
lucha ni trabajo
ni la tristeza de abotonarse y desabotonarse en una
vida
ni si es condición del ser humano morder con la
palabra.
No es dulce ni es amargo, violento o suave, alegre
triste.
Es un ritmo, un ritmo, y ahora ha venido a mi compañía.

▪ INMINENCIA DE LA MUERTE

¿Quién ha visto esa pequeña muerte al lado del reloj
siempre imprevista?

¿Quién ha oído en los aposentos oscuros, en la oscuridad
del hombre,

apenas alumbrada por el despeñarse de la sangre, en
la marcha,

los huesos que traquean a veces sobre una hondura
muy grande de silencio,

como ósculos furtivos enviados a la muerte en esa
hora,

en ese minuto en que todos los crímenes se quedan
impunes?

¿Es una yerba que se seca

o es una estrella que se apaga lo que palpita en nuestro
pulso?

¡Quién te ha visto,

fantasma tras las ramas y puertas!

Te espanta el hombre que lleva en la mano alta la
lámpara de petróleo,
como un incendio portátil,
catástrofe ferroviaria!
¡Pequeña cosa que agoniza,
yo te llevo a mi lado,
dolida
y trémula!

Oiga, señor vigilante de las horas, ¿quién avanza,
quién avanza apagando las luces?

El reloj es cuerdo, pero no tiene el menor sentido
de la responsabilidad,
y a mañana y a tarde lo estamos oyendo decir: «¡al
hombre, ar!».
Y oírnos su descarga de fusilería contra todos los
muros de la vida.

¡Y qué remedio!
¡Qué remedio!

▪ LA ANUNCIACIÓN

Alguien llega de pronto y esconde la sencilla
presencia en el mutismo de su forma inasible.
Yo lo siento en su ausencia toda blanca y visible.
Él apaga el silencio y enciende la bohardilla.

Alguien que no ha venido está cerca a mi silla
y me palpa callado con su mano intangible.
El mantel es la forma de su cuerpo insensible,
la sal es la mirada y el pan es la mejilla.

Si le digo que hable la palabra callada
mudamente me dice con voz impronunciada
el secreto que nunca logra oír el oído.

Junto a mí siento el peso de su ausente figura.
A la mesa ha llegado también la noche oscura,
y él se ha ido de pronto, al quedarme dormido.

▪ DAUMIER HABLA AL
PUEBLO DE LAS RUTAS
DEL PORVENIR

Tu Infierno del burgués y su retrato.
Tu Gloria de la «Fronza» y la barriada.
Tu picota de escarnios, Honorato.
Tus telas de violenta barricada.

Tu amor de los humildes. Tu alegato.
Tu defensa. Tu ira. Y la pintada
cara del gran Tartufo al caricato
con sólo el medio plástico expresada.

Eso fuiste. Gran Rembrandt de la gleba.
Profeta y vengador. Rubens quemante.
Miguel Ángel que en cuadro se subleva.

Habló el hambre de tus sopas de amargura.
Mas diste al Comunero —¡oh! nuevo Dante—
el cielo —anca del tiempo— en tu pintura.

▪ TAMAÑO DEL PINTOR

En su fiebre interior mundos solares.
En su Arlés sideral el alto incendio.
Campos de trigo. Cielos ondulares.
Rojas flores derrochan su estipendio.

Marca el tiempo sus ondas circulares,
mientras la brocha canta el vilipendio
de lo visual. Cipreses. Olivares.
Girasoles o mundos en compendio.

Este es Van Gogh no álalo de colores,
por quien rostros humanos son las flores,
su silla habla, discute, rabia, piensa.

Gloria al orate; al árbol iracundo
de su pincel; a su amorosa ofensa.
¡Van Gogh de luz y devorado mundo!

▪ PABLO PICASSO

Movió Picasso guerra al fingimiento.
Diole al ser una nueva arquitectura.
Y ante el sol de un más vasto firmamento
montó sobre la vida su pintura.

El espacio y el tiempo en la figura
dieron el «hasta aquí» al Renacimiento.
Y al «yo» visual metieron en cintura
sus limpios ojos del entendimiento.

La vida dividió lo individido.
Segmentó al ser kantiano y su sentido.
Y el pintor reuniólo en toda cosa.

No busques en Picasso lo fingido.
Su paloma de otra Arca victoriosa
vuela por sobre el mundo conocido.

▪ AQUEL QUE VIVE

Si veo una flor ella se refleja en mí que soy su espejo
si te miro en mí estás porque tengo la facultad del
agua
no sé quién sea más fugaz el día o yo
corres nube lucero hoja pero no me alcanzas
mañana cuando te encuentre cielo de plétora
ya iré más lejos que tú
cuánto rezago ya cuánta sobra
y yo cristalino no nuestro lo copiado
manso río del aire oculto río
¿atrás o delante de mí?
cuán bello en el capullo el balbucir del olvido
con el color y el aroma que lo lleva en la entraña
cuán bello rosa árbol día eternidad
y yo sin dejarme alcanzar ¿o ya muerto?
¿o ya vivo?
el fruto en el árbol vaya inocencia ignora
que es el ahorcado
y sin embargo esto aquello yo
todo vive en su vida para eterna memoria.

▪ LAS MIRÍADAS

Como un callejón sin salida o pensamiento de esquina
por
donde cruza el día donde la bola del Universo se
detiene para
cambiar de respiración
ausente quizás a los gritos desesperados del alma de
los mudos
corriendo mansa, dócil, fluyendo no más por su galaxia
como si fuera el paraíso del ojo en blanco del perro
que defeca.

Huyendo de sus propios pasos se había quedado en
el aire de ayer
como estatua de sal de la que sólo pudo salvar el
sombrero.
Inmensos naufragios de los que él era a duras penas
el balsa
le permitían el salvamento únicamente porque podía
tocarse los bolsillos,

palpar el cosmos, reajustarse las vueltas y seguir derecho
o detenerse a orinar en nombre de Rimbaud para
que los ángeles
se murieran de envidia mientras lejos, en el rincón
de una alcoba,
el empedernido onanista pedía la bendición nupcial.

Gritaban que se detuviera, pero él iba por el año
2000
con una poderosa luz fechada en el siglo 0 de la
Osa Mayor
desde la cual veía a la historia levantarse del muladar
de las constelaciones.

Un huevo recorría el infinito desde hacía 300
quinquillones de
evos y la materia como una inmensa gallina se había
echado sobre
el hueco de Dios.

En ese, en ese momento el Universo se había zafado
de la cabrilla
de un auto pero había una procesión de calles,
mansiones de
varios pisos y arrodilladas escaleras y por millonésima
vez en el
espacio Sirio ignoraba su propio nombre.

Era un viejo mundo en verdad, un poco bohemio,
pero traqueaba como un mueble siguiendo su convoy
a marchas forzadas.

Iba completamente relleno de muertos como el
osario del Cosmos
y desde hacía trillones de eras exhibía en el cielo
las mismas notas de humo.

Siempre había una botella que andaba por el mar
en busca de
una playa, pero Diógenes no pudo encontrar al
hombre porque
se encontraba detrás de su linterna.
Desde lejos, desde remotas eras, el Universo daba
un zumbido
de trompo y le gustaba abrazarse a esa mujer tallada
por sémenes
eternos como cintura de diábolo.

Hubiera deseado estar en la cara de la Luna que no
da hacia la Tierra
y efectivamente se quedaba largos ratos allí donde
quería fundar su casa
pero los murciélagos de las puertas se lo habían
literalmente chupado
y a veces soltaba grandes carcajadas ante las más
profundas soledades
con sólo pensar en el cable de gutapercha dormido

en el fondo de los océanos
al que a duras penas dedicaba una lágrima en honor
de los poetas románticos
porque escribía sus poemas en papel sellado de
Lautréamont.

Viajaba entre huesos y blandas paredes, como
ciudadano,
pero cruzado de voces aclaratorias como «hoy tengo
los sueños acometedores»,
porque sus pasos iban disimuladamente diciendo
Colombia, Colombia Colombia
mientras alguien decía «el hambre avanza sin
punteros»
y «siempre habrá en el mundo a cada instante una
rosa en dificultades».
Dibujaba una nube un poco la sed del cielo
pero el cielo le parecía a él —oh pasable hijo de
Lautréamont—
como una horrible Jeta y sentía al General Santander,
florecido de hombros,
mirándolo fijamente con su paludismo litográfico
desde el fondo
de las Alcaldías, más sólo podía gritar «estoy
interceptado
por días
como muros, ¡salvad al prisionero!».

Pero sus gritos que las tierras celestes no acogían en
sus playas
hacían más pesado el aire en el correo televisado y
las rutas de los
radios para que todos le llamaran cuerdo únicamente
porque ignoraban
que las alcantarillas se deslizan con el regusto de los
grandes
hombres y las candidatas de belleza por el lado de
atrás de la insobornable
historia de la humanidad —¡oh gloria inmarcesible!

Hacia miles de siglos se oía el traquido de la tierra
el mismo de
los muebles y el gotear del Universo que ahora sentimos
en la
almohada.

Miles de siglos veloces para que tanto el héroe legendario
como
la virgen de 15 años dejen mansa o poéticamente su
contribución
al estercolero del cosmos en los planetas verdaderamente
poderosos
del basural del infinito.

Pero el carromato traqueaba malamente para cumplir
su círculo diario
que termina en el lecho

como coronas de humo o arenilla corriendo hacia
la eternidad
mientras el Universo, allá arriba, sigue pasablemente
sobre un aire de Beethoven
y la gota
de la lluvia
toca sus escalas sobre la hoja de plátano.

▪ YO DIGO CALARCÁ

Yo digo Calarcá y el sueño viene,
lento el paso en el aire de la alcoba.
Cara de niño ausente el niño tiene
y el año 7 corre por la hora.

Y digo Calarcá y algo me sabe
a lulo y granadilla y dulumoca.
Y digo «pescador», y la quebrada
en mis corrientes años desemboca.

Yo digo Calarcá de chapolera,
de finca cafetera y negra Conga.
Y el niño que está en mí llama a la Negra
y la pone persona con persona.

Yo digo Calarcá y el rico cielo
se vacía de estrellas y se colma.
Y hay un lejano y misterioso vuelo,
y algo que se construye y se desploma.

¿Dónde está el niño, Calarcá lejana?
¿Dónde el niño, pies ágiles de otrora?
Está en tu aire, está en tu viento, mírale,
no le retengas más, dámele ahora.

Por tu mercado anda, el día domingo.
En esta casa está y en esta otra.
Embebido su cantar las campanas.
O junto de la «chicha subidora».

Ama al padre, a la madre y al habano
que a las 6 se recoge hoja por hoja.
Al vaho de la tierra y a Tomijo.
Al hermano y al cielo de langosta.

Yo digo Calarcá y el niño viene,
viene y se va a su Calarcá tan sola.
Sin el abuelo ni los tíos ni el padre.
Y sin la bisabuela Mariantonia.

Dadme otra vez el niño de mis años.
El niño azul de Calarcá sonora.
Voy a la tierra, dadme, dadme el niño
de cielo. Avanzo hacia la tierra sola.

▪ MÚSICA DE CÁMARA PARA LA ALDEA PERDIDA

A Calarcá

Al doctor Ramón Londoño Peláez

A Baudilio Montoya

A Adel López Gómez

A Camilo Orozco

Éramos habitantes de una tierra
donde en guaduas y palmas se hacen verdes los vientos.
Los días se tendían en las hojas de plátano
y el cielo en su gigante molino para todos trabaja.

Desde los primeros pasos en la pared nuestra sombra
nos relacionó con los mundos remotos.
Pero lo que más nos podía atraer era ver juntos
la palma de corozo y el gran cielo estrellado.

En el corredor de la tarde
el padre narraba historias de la guerra.
Tamañas, una a una, las estrellas subían.
Y todo esto aumentaba enormemente la población
de la aldea.

En la oscuridad alguien pasaba por el camino.
¿Ánima o criatura mortal?
La brasa del tabaco era lo único visible de aquel hombre,

pero su silbo quería llegar hasta lo alto,
allí donde el río del tiempo golpea las siderales piedras.

¿Quién era ese hombre de la tierra de los bambúes,
de los bambúes que luego serán, sencillamente, casas,
y ahora son casas verdes que maduran
al sol, al aire, al agua, al viento, a la lluvia?

Vivíamos entonces en la calle Versailles
que aunque no lo supiéramos era una porción del
mundo.

Las noches eran claras como días de otro tiempo
o profundas como salas de cine,
y un naranjo en el patio era anfitrión del alba.

Nuestro padre era una doble entidad: su presencia
y, ausente, era un padre de aroma en el olor del armario.
La ropa de los sábados en los paños de roble
olía a limpio, a familia, a «nosotros».

En las pencas de cabuya grabábamos nuestros nombres.
Las estrellas del pueblo eran todavía campesinas.
Eran tan límpidos los colores del cielo
que el adentro y el afuera en nosotros era una tenue
línea.

La cerca era de guadua con un idioma claro
porque fue en su lenguaje que se alzaron los términos
de los hogares, en la extensa comarca.

Así aportó una voz nueva su regreso al paisaje.

La aldea había nacido del claro de la selva
cuando nosotros éramos aún niños en la mirada del
padre.

Su cuna de pueblecillo se meció entre nosotros.
Era en nuestra familia como el hijo más grande.

Benicio Herrera fue el primer cadáver que vimos en
el mundo.

Su muerte, trágicamente hinchada, era de láudano.
Aquí vive en nosotros y ni siquiera necesita
volver a Calarcá a recoger sus pasos.

El hombre, allá en el monte, daba golpes de hacha.
Llegaban hasta el pueblo los golpes, retardados.
El brillo del metal, a trechos, era un rayo en la plaza,
y del cedro saltaban las astillas de santo.

Conga andaba con nosotros por los platanales.
Como una gran sala húmeda nos acogía la penumbra.
Éramos Dafnis y Cloe. Nada en el mundo fue que
esto más grande:
aspirar una cabellera que la vida perfuma.

Grande es la eternidad de que estamos dotados.
Una rama de sauco, la rosa de un día, una bola de
viento,

Conga, Palomino, la loca Hermelinda, Contrafuerte,
Tomijo,
en nosotros están y no buscan alojamiento.

Este solar de tierra de Colombia nos duele
con un dolor de aquellos que no es grito ni grita.
Pueden velar los ojos cosas muy simples, por ejemplo:
pensar que en Calarcá nuestra madre fue niña.

Usamos este amor para tomar fuerza en la vida,
porque no hay mayor belleza que la utilización de
las cosas.

Lo usamos como se ama la aparición del día
y porque no le estamos pidiendo explicación a la aurora.

Hoy es difícil entender nuestra amistad con el bosque,
con la súbita aparición de la fruta en el huerto de oro.
Lo sabe únicamente quien comprenda
que el cielo de la noche, pleno de tierras rutilantes,
se refiere a nosotros.

Para la guadua amarilla no había tiempo perdido.
¿Cuándo, en cuál instante crecía, palacio contra el
viento?

Subía sin sentirlo y en las cinturas de su tallo
le veíamos revisar el empleo del tiempo.

Ahora estamos aquí para que todos sepan
que vivimos de quienes murieron por nosotros,

porque siempre estará presente una rosa
para dar testimonio de las que perecieron.

Una mañana la tierra se movió como un mueble.
Aterrados vimos cómo se ladeó la mañana.
Nuestro círculo familiar, en el patio, cayó de rodillas.
De pronto, entró a nuestro círculo, hincóse
y bramó largamente hacia el cielo la vaca «Encerada».

El hermano muerto atraviesa la plaza.
El árbol es el único que puede verlo ahora.
De los miembros del viejo hogar en que todos nacimos
el guadual es el único que reverdece y sueña.

El limonar de la casa estaba muy atareado
en pintar de amarillo sus esferas de olor.
Cada día le hablábamos con las mismas preguntas
y nuestra palabra era el retrato del limón.

La nube de la mañana al cenit ya no estaba.
Ya no estaba la rosa cuando volvíamos por ella.
En el ojo del cielo sucedían muchas cosas,
y así nos enteramos del desahucio del hombre.

En el sol de la vela se quemaba la noche.
Un caballo por nuestra calle, desbocado pasaba.
Como no le veíamos, era rojo, con cola de viento.
Como no le veíamos, era el caballo del tiempo.

Un día feliz es piedra rara aun para que un niño la encuentre.
En las bolas de cristal los guardábamos.
Y hoy, los bellos días están en nosotros porque,
secretamente,
con llanto que no asoma, les pedimos que se quedaran.

Éramos un país que cultiva sus muertos
y en su centro a los héroes ignotos levanta un obelisco.
Nuestro país se llama, no más, Calarcá niña,
y nuestra llama eterna al viento grita: «¡Conga!
¡Palomino!».

A veces, de repente, a una hora dada,
sucesos lejanísimos estaban transcurriendo.
La quietud lo ocultaba, mas de pronto recibíamos
el dato de la hoja desprendida del árbol.

El maizal ante nosotros permanecía indiferente.
Miraba hacia un lugar, lejos de nuestra presencia.
Pero embelesados sabíamos que no podíamos distraerle
porque estaba ocupado en envolver sus mazorcas.

El domingo nacía de nosotros y, en seguida, del cielo.
Las señoras pasaban en zuecos a la misa de siete.
Alto, ceñudo, desde la mitad de la plaza,
don Rafael Gutiérrez las oía sentado en su taburete
de cuero.

Cuando los fundadores convocaron a ellos todas las cosas,
la guadua, obediente, se inclinó a su servicio.
Fue casa, lecho, mueble, cerco, talanquera, tarro de ánfora, viga
y por sus canales el agua pasó corriendo a buscar la familia.

Plinio Cifuentes, Ramoncito Correa, Doctor Norris,
grita el aire.
Todos, aquí, presentes tras el olvido del ámbito.
Nuestra madre María Antonia Estrada bien viva que luce.
Sólo una leve línea separa las dos categorías de habitantes.

Porque a veces venimos a preguntar las cosas viejas
que en otro tiempo fueron juveniles y alegres.
¿La casa de nuestros padres ya no es sino el aire?
¿Cómo le ha ido a Pío Agustín López?
Y Calarcá responde: «Ya están crecidos de muertos».

A la piedra, madre humilde, mirábamos con singular cariño.
El burro de felpudo se sentía de nuestro círculo.
Todos éramos iguales o parecidos, y decíamos:
nace el fruto del árbol y la oración del hombre.

Nuestra aula mayor se llamaba intemperie.
Fuimos los escolares de sus claras gramáticas.
Eran días de espejo las noches de diciembre
y en el cielo temblaban los sustantivos de oro.

Nos preocupaba la belleza de la rosa,
en lo que acaso andase un sabor a ceniza.
¿Todo en el mundo, ¡ay!, debemos contemplarlo al
 revés
y jamás lo miraremos desde su punto de vista?

Como éramos niños no comprendíamos nuestra culpa.
El cielo se enojaba como suele enojarse,
y las lluvias torrenciales que cruzaron la infancia
las guardamos, más bellas de lo que entonces fueron.

En las charcas volvían a madurar los espacios.
Cantarinas bajaban las quebradas
porque se sabían aguas del cielo.
«¡Pescador!» «¡Sardinata!», hoy les gritamos
y aún siguen pasando por el tragaluz de la infancia.

Asistíamos a un prodigio que no se halla en los cuentos.
Pegábamos el oído atento a la guadua redonda
y en su escalera interior sentíamos subir, tramo por
 tramo, la savia.
Su clausura dejó para siempre en nosotros una voz
 melancólica.

Pertenecíamos a la raza de las nubes, los ríos, los
vientos,
y como hijos obedientes de los designios del ámbito,
cuando el cielo se dormía para la estación de la noche
nuestras miradas caían como la hoja del castaño.

La manga de nuestra niñez luce ahora de plaza.
Ya debe estar muy adentro el grito del hermano
que hacía en el aire un dibujo lindo de la vaca
«Encerada».

Pero vaca negra, ternero manchado, grito, manga,
sin crecer ninguno ni un palmo,
con el hermano son ahora resplandores del alma.

Quien no vea casas en las cañas de los guaduales
no verá tampoco la flor en las veraneras.
Quien no vea cuartos, cumberas,
no verá en el maizal el fruto anual del buñuelo.

En asientos de bambú se enamoraron nuestros abuelos
y abuelas.
En camas de bambú juntaron su ritmo universal
cuando eran jóvenes.
El ritmo universal que hoy somos
y que transmitimos para que otros sigan el camino.
En camas de bambú fue recibida la leve presión de
la muerte.

Quando llegaron las langostas, más sabias por sus alas
que nosotros,
vivimos por semanas los cielos amarillos.
Y aunque las miríadas, por sí solas, hicieron el otoño,
fueron un poema tierno, sin retórica y rima.

Un día, simplemente, llovieron sardinatas.
Verlas sobre el tejado, muertas, era algo de maravilla.
Y aunque nos dolían el sino del arroyo y las fuerzas
airadas,
fue un poema hermoso, sin retórica y rima.

Las sorprendentes cosas son siempre las sencillas.
Por el corredor entrábamos a la vaca «Encerada».
El tigre por las noches, os digo, solía cruzar el pueblo.
En la calle real sus huellas veían los hombres de la
mañana.

En lares del abuelo murió la tía Carlota.
Las estrellas hacían nuestro dolor más infinito.
Turbio se hizo a nuestros ojos el mundo del regreso
a la casa.
De pronto, una ráfaga de fulgor sin par:
los ojos encandilados de una rata.

A los secretos mundos de que era llave el pie
nos íbamos los días como buenos hijos terrestres
a trabar parentesco con plantas, bestezuelas, aguas,
brisas.

Y una mañana vimos sobre el dombo del cafeto
un rojo cardenal arder puro, sin ceniza.

La ventana de nuestra casa era muy animada.
Rica de colorines se agitaba el día de mercado.
Pero cuando por la noche, a postigo cerrado, la filtraba
una estrella,
ya era demasiado y veíamos que quería saberlo todo.

«¡Los arrieros!», gritaban los pilludos. E invadían
la aldea
horizontes de lomos de mulas canelas y bueyes barcinos.
El cielo se vestía su mulera más limpia.
La tolda abría en el lomaje la azucena de los caminos.

Los cafetales acurrucados en faldeos y honduras
parecían guardar algo a nuestras miradas indiscretas.
Y en el inmenso silencio del gualanday caía una hoja
como de un ángel cae una pluma.

La luna de Calarcá la teníamos alquilada
para que se colocara en el solar detrás del abano.
Así éramos fieles a la tierra y al cielo
y a las distancias que parpadeaban en el clarín de los
gallos.

En la canícula refrescábamos la mejilla
con la larga y verde hoja de plátano.

Nuestras caricias recorrían a la ensimismada
pero bajo su influjo permanecíamos callados.

Simón Bolívar desde su retrato, en la sala,
vivía imperturbablemente fijo en la familia.
A nosotros nos parecía que pasado el tiempo de las
batallas
su única ocupación era la de educarnos.

Éramos de la materia de las nubes, los árboles, los ríos,
los cielos.
Aprendimos a mirarlos como nuestros antepasados.
Y el alba magnífica y el esplendor de la rosa
nos enseñaron a no preguntar por la premura del
tiempo.

En estas comarcas, suaves lomajes, hondonadas,
en días altos o dormidos en bosques alelados,
solíamos oír el viento que dice entre las copas altas:
«Qué bueno es ser, amigos, colombiano».

De súbito, en algún agosto ensimismado,
un brisón frutalero con olor a chulupa.
El resplandor de un toche por la ventana mágica del
ojo,
o el rumoreo del «Pescador» muriendo tras la puerta.

Todos éramos haces: guadas, rebaños, árboles,
nosotros.

A la raíz de los padres la tierra nos apegaba.
Pero nuestra pobreza, siempre, se asombraba al verlos
vestidos de domingo entre semana.

No hay nada más hermoso que el esmalte de la guadua,
en la que hicimos nuestro aprendizaje de caricias.
La dulce «sub-terra», ella sola, ¿de qué secreto se
valdría
para barnizarla de tan suntuosas lacas?

Bondadoso con nosotros era el árbol del patio
que vestía el buen tiempo con la hoja nacida.
Y como todo un programa para la criatura y su sino
se prolongaba la noche para buscar el día.

Eran lindas las vísperas con los claros colores
que al cielo le prestábamos para que luciera mejor.
Eran lindas las vísperas y las fiestas ya menos
porque no hay día del cielo que no sea penúltimo.

En alta noche oíamos el piar dentro del huevo,
toda la sinfonía inmensa de la vida. Y no más.
Algo sencillo y grande como la voz del clásico.
Era la poesía intacta, sin retórica y rima.

En alba de sigilos asomó con sus telas de aire
el gusano que un día no levantaba un palmo de la
tierra.
Ignoramos aún qué cosa triste abandonó en la crisálida.

Mas fue aquel un bello poema, sin retórica y rima.
Sin saberlo vivíamos en un ceremonial copernicano:
la semilla a su padre el árbol otra vez daba la vuelta.
Y los trescientos sesenta y cinco días del año
eran una cintura más en la palma de cera.

Nos interesaba el olor de las grandes borrascas
y las estrellas sordas de la lluvia en el suelo de tierra.
Oírla bajar al pueblo, zapateando, de la boca del monte
o, hijos del cielo, incorporarla a nuestros juegos, en
las tupias.

Y ahora comprendemos, Calarcá, tu belleza,
y en los paisajes tuyos la poesía sin rima.
Por cuanto así es la hermosura, una vez dijo Dios:
«Suntuoso es el traje del lirio del campo, y no hila».

Calarcá, en tu loor nos arrancamos del ser esta
escondida
lonja de viejos sueños. En ellos quede tu alma.
Que la paz sea contigo, y que en tu hermano cielo
el ángel de la nube se detenga en la plaza.

▪ UN SUSPIRO ES EL TIEMPO

Tengo una brizna de tiempo
guardada en el corazón.
Una nonada de cielo
en el vaso y en la nube
y en esta punta de abril...
Una nonada en la flor.
Un terroncillo tan sólo
de eternidad huidera
que se deslíe en la voz.
Es un sabor, un sabor
que sabe a luna y a lirio,
a lo que sabe la muerte
y a lo que sabe el amor.
Sabor de sueño, de vida,
sabor puro de tenerte,
sabor de aire y de sol.
Tengo una brizna de tiempo
en un pétalo de rosa,
en una nube borrada

o en un regreso de mar,
o en donde llevan los seres
ya desleída la sal
por culpa de algún dolor...
Es una brizna de tiempo,
no es nada, es sólo una brizna,
y en donde había florecido
quedó la mujer de Lot.

▪ ELEGÍA

Yo he muerto a los 20 años,
asisto a mi entierro desde entonces.
La fruta carga la edad del árbol.
Más joven que su edad luce la hoja.

Yo camino por un lugar de la memoria;
el árbol se acuerda perfectamente de su brote.

Yo he muerto, he muerto y apenas me consuelo
de verme y que me vean, aquí, superviviente,
sobre mis veinte años, semejante al árbol
de pie sobre su tiempo antiguo.

Y tanto y cuánto como él
hoy esta sombra es otra flor del cosmos
y otra la de ayer.
Veinte años tuve y otra sombra tuve.
Y para dar constancia de este entierro
estoy entre vosotros.

▪ SAGRADA BIBLIA

Esta morada al norte tenía una nube mosaica
para que fueras a una tierra que nunca irías a tocar
salvo con la apertura de tus ojos y la amarradura de
tus venas
pero que estaría presente en tu profundo ser de espejo
en que la precaria flor es ya la flor eterna.

Por entre aires lacónicos y campiñas perseguidas
la Babel se sostenía en los «espectáculos para hoy»
pero su rascacielos ya no es sino un trazo de lápiz
una cicatriz sobre el papel de esta poesía de papel.

Pero allí donde se forjan los inenarrables hervideros
las grandes putrefacciones para una hierba de luz
o el sucio sueño de la placenta para la limpieza del
hijo.

Allí donde cantan su melancólica canción de cañerías
las alcantarillas de las grandes ciudades

como la voz auténtica de la historia del hombre
vista por el lado de su inedición desconsiderada.

Pueden reventar poderosas crisálidas
capullos de monjiles universos
entre larvas documentales y altos cielos impunes
para toda clase de racionadas mariposas.

Puesto que hay una aurora de aceptables circunstancias
una divina aurora de conveniente tarifa
que está haciendo la gloria de esta torre en cenizas
y el solemne edificio del avión ha edificado su casa.

Eh amigos de los cuatro puntos cardinales
mirad en el cohete interplanetario la torre de Babel
otra vez levantada.

Y la vaca de la creación muge sobre los abismos.

▪ EL FANCIULLO RODANTE

Vienes por donde las luces dan sus hojas y el viñado
las horas
apresurado paso por entre almacenes petitorios
con candados friolentos que conservan el cielo de
la noche
el primer puesto el primer puesto en el deporte o
tu marcha
tú rescatado de ti mismo y sin saber a dónde te lleva
arriba el convoy con las luces prendidas hacia la
mañana de malva.

Copia tú de hombre reintegrado y ese pasado de
papel carbón
y esa manipulación a sabiendas del ejemplar destino
para que te nombren amansador de palabras o locutor
y tú dando vueltas
oh joven olímpico y tu hermosa circunferencia.

Salta allí salta allí alza los árboles y el cielo perjudicado
a tu paso vienen los lectores y tu traje de fina escritura
no copies demasiado al cielo oh disimulado satélite
veo tu pecho y tu espalda son acaso el día y la noche?

Nos perjudica el informe de la lluvia y que la ciudad
no recibiera la nota
a borde de precipicio la flor del volante, considera
tú considera
no, verdaderamente, pero que la ciudad no hubiera
recibido la nota
para que de tu paso duro es confesarlo no volaran
esos trozos de vida.

Bolivariana hora como una moneda en el bolsillo
reglamenta los estallidos atómicos de los días y el
filo de las auroras
azul-Gillett.

Viajas personalmente interferido por urgentes
gestiones
mansamente hacia ti vienen desbaratándose los
próximos
domingos
y comes y lees los periódicos y trabajas y sueñas y
concurres al sanitario.

En vista de las últimas y del cielo y su ceniza
no deseo que pases junto de las cigarras quemadas.

Estás precisamente donde estés en el resumidero
de muertos.

No mires hacia los días viejos no se han ido búscalos
en tu continente.

Vas por un camino de falsos rumores
un asesinato se ha perpetrado a la derecha de tu
cuerpo
es como un mar tu cuerpo arroja a la playa las cáscaras
de sus cadáveres.

No eres tan simple como supones estás entre Bolívar
y la bandera nacional
y al aplauso a la patria de las hojas de plátano
y el gallinazo traza arriba la corona de los difuntos.

Tendrás una igual oh hijo del destino
las luces te siguen te buscan días apreciables
Pero es lástima que la ciudad no recibiera la nota
Hijo mío hijo mío de tu paso vuelan trozos de vida.

▪ SINFONÍA EQUIS

Con 38 años de pasos buscándome sin hallarme
como ejército de miles de soldados
pisando los talones al enemigo en derrota
como los batallones que oímos por lado de las plantas
de los pies
enfilados en guerra
a favor de la muralla tontamente alegórica de la
espalda.

Ellos ambularon por las ciudades queridas
en donde los hombres se mueren de repente y siguen
intactos
y el pan de la amistad quedó abandonado sobre la
mesa
donde las mujeres en fila
en los hospitales del amor nos dieron campo en el
lecho
y donde había siempre otra mujer que olía a otros
seres

por la sencilla razón de estar recientemente modelada
por manos ajenas
para otras hormas de cariño
y escrito de abrazos el pecho como tatuajes en tinta
de simpatía.

Fue aquel un tiempo en que los faroles eran faros
debido enteramente al oleaje de la humanidad en
derrota
y las flechas del tránsito eran punteros de una hora
sin número.

En la noche subterránea de las criaturas
los días practicaban su fulguración más o menos
instantánea
presidiendo el viejo rito de vestirse y desvestirse
y el plato escaso entre la abundancia de los sueños.

Pero era incomparablemente mayor la abundancia
con que nos abríamos y cerrábamos los pobres
mortales
en la versión semanal de los ojales y los botones.

Los ojos daban la vuelta a los corazones avaros
sabiendo que es allí donde guardan sus monedas
queridas
pero estas cruzaban como constelaciones en sentido
inverso a su ruta
y sólo se oía el ruido de la ciudad como una basura
en la planicie interminable blanca de su silencio.

Deteneos un punto gritaron de las azoteas
y la zapatería de la marcha dibujó completamente
sus hormas
aquí, en la intimidad, donde llevo la música de
Beethoven.

▪ REGRESO A COLOMBIA

▪ LOS PUEBLOS DE ARENA

Los vi una vez, de espaldas al Atlántico,
sembrados en la tierra caminera.
Jamás supe del tiempo andar más largo,
sin una cosa que lo detuviera.
¡Oh! pueblos de la tierra olvidadiza,
¡Pueblos de arena!

Los vi una vez en la ventosa tarde,
firmes, sobre su suelo fugitivo,
pueblos de sueño: en el solar más grande
¿qué destino es igual a su destino?
¡Oh! pueblos de la tierra ventolera,
¡Pueblos de arena!

Todo, por estos pueblos de la costa,
forjado fue por un rumor tan sólo:

cuán triste oír a ras el suelo andante;
esta tenacidad de agua ausente;
el Atlántico, al irse y al quedarse;
la cascada de viento cristalino,
y de tarde, en la ropa y en el alma,
el gran rumor de la ciudad traído
por obreros y obreras de las fábricas.
Todo es rumor en estos pueblos nuestros,
hechos de un gran rumor y algunas casas.
¡Oh! pueblos de las flores rumorosas,
¡Pueblos de arena!

Desde el mar sopla el mundo. Brisa grande
le da la sal al aire y lo retuesta.
Nada detiene el tiempo; ni una piedra;
sólo su madurez de lenta vara
en la niña de joven chocolate.
¡Oh! reloj de semanas y semanas,
de los ¡Pueblos de arena!

Yo les traigo la historia de mis plantas
y se me queda el rostro interrumpido.
Polonuevo es ajeno a testimonio.
Turbará no conoce la memoria.
Isabel-López vive de su ausencia.
Juan de Acosta no quiere hablar de rastro.
Galapa escribe y borra sin ser agua.
Dice Piojó: «Estas tierras huidoras
no son tierras de tierra, son de olvido».

Arenales interminos, resecos,
sin más flor ni más sombra que el pollino.
¡Oh! pueblos de la costa colombiana,
¡Pueblos de arena!

A veces, sin embargo, torrifica
su catedral, el árbol de los mangos.
¿Cómo, pregunto, tan sin par verdura
sobre la tierra muerta?
El morador responde, simplemente:
«¿Dónde no anda este simegüenza?»
Arraigad en lo hondo de la vida,
¡Pueblos de arena!

Ya llegaron los vientos, Baranoa,
y de tus suelos barren el pasado.
¿No hay un recuerdo, Usiacurí dormida,
sola, de tierra y cielo olvidadizos?
¿Dónde, en los aires, el poeta muerto;
en dónde, Usiacurí, los alevís?
Aquí la vida acaba y recomienza,
¡Pueblos de arena!

Yo le encargo a Galapa un grano verde;
le solicito a Tubará una rosa;
a Isabel-López un mojado surco;
una vara le ruego a Juan de Acosta;
un cogollo rizado a Piojó pido;
aguardo, Polonuevo, tu lechuga

mañanera con golpe de rocío.
¡Y que asomen las nubes jardineras
por los pueblos de arena!

Sabanalarga dice: «Este es el parque.
Aquí el verdor te doy de bienvenida.
Restituyo tu marcha, nuevamente
la vuelvo a la memoria de tu vida».
Sabanalarga canta en el follaje,
más alta y más profunda que el Atlántico:
«A la vida entrareis por la del árbol,
¡Pueblos de arena!».

Un día volveré por sus sillares;
iré por sus arenas a la plaza
aunque gaste dos horas en dos cuadras.
Insistiré a pesar de los regresos;
venceré los sillares engañosos;
marcharé a joven paso hasta su encuentro.
Que no digan entonces: «ya murieron
¡los pueblos de arena!».

▪ OÍMOS A VECES UN CANTO...

Oímos a veces un canto
bajo la delgada piel del alma, ¿es esta acaso su voz?

En su huso de luceros teje su tela la vida
y ya no sé cómo me vistes, árbol, flor;
cómo, cielo de hoy, sigues mansamente mi ruta,
ni cómo darle al verso este olor a limón.

Eternidad del oleaje, la curvatura del pétalo
le da la vuelta a la rosa en la curvatura del cosmos,
y he aquí que en la ancha sala del aire
nuestra voz sabe pulir sus ánforas.

Oímos a veces un canto...

La noche duerme al fondo del amor.
La noche. Y el hijo como beso crecido.
Oímos a veces un canto en la provincia del corazón.

▪ LA LECTURA

No está bien que leamos en coro
como quienes asoman a un tiempo la cabeza a una
fuente.

Alguien, que está en el libro, nos toca con ojos o
mano importunos.

Quién puede ser no lo preguntes.

Ciérrate, eso es todo, ciérrate.

La página que lees tiene algo de espejo.

Corrientes no vistas nos recorren y quemán.

Pasan las páginas como los días de un mundo
donde hay noticias para nosotros y el anunciador
de peligros

recorre un tiempo extrañamente parecido
al que a la puerta del rojo corazón
vigila el paso de un río.

Pasa el agua, y viene.

Así la vida.

Así la muerte.

No está bien que leamos en coro,
así seamos cabezas de niños.
Porque el lejano río del libro es un agua
que sólo se vierte en silencio
en las tranquilas llanuras donde habita el lector.

Pasa el agua, y viene.
Así la vida.
Así la muerte.

No está bien que leamos en coro.
La materia callada del libro se ofende.
Adelante, en las páginas en nuestra diestra aún
dormidas,
pueden asustarse los presentimientos
y secarse la fuente.

Pasa el agua, y viene.
Así la vida.
Así la muerte.

Ciérrate, eso es todo, aprende a cerrarte.
Escucha dentro, muy dentro, en la carne blanda del
libro,
en su sangre,
en su facultad de crecimiento sin límite sobre su
débil formato,
muy dentro, muy dentro, en su final transparencia,
el sosegado curso de los hecitadores.
¡Oh! quieto viajero.

▪ RETRATO

A veces me pregunto dónde estarán sus pasos
y si es su retrato la mudez de la calle.

A veces me pregunto dónde estará su voz
si es tan triste escribir en la hoja del aire.

A veces me pregunto si acaso nuestras vidas
a la vida futura no supieron hablarle;
mirándonos de frente, espejo con espejo
se abría ante nosotros su infinito valle...

A veces me pregunto qué se harían sus ojos
si su azul es un punto del color del paisaje;
dónde estará su aliento si el cristal no lo tiene;
dónde el espacio tibio en torno de su talle.

A veces me pregunto si es su paso el rosado
círculo en esta húmeda hondura de la tarde;
si es este aire el mismo que empujaban sus senos,
y el mismo el que en la esquina se sentaba a esperarle.

A veces me pregunto sin voces, sin acento,
para dejar que sólo su retrato me hable;
a veces me pregunto si está aún en mis manos;
y como la ciudad su recuerdo es de grande.

▪ UNA CAMA COMO BARCA EN LA ESTELADA NOCHE

El diámetro del cráneo mide a escala el universo
tus medidas desmedidas y lo que escribe el pie
es parte de la vida de todos
para cruzar la noche eres tan valido como el muerto
pero entonces el rastreo sideral te conduce
—¡oh! ciego de videncias y luz de largos cobertores—
bajo el hipnotismo filtrado o peso de los astros.

Arde el tiempo en tu yacencia su lento remolino
dormido tu disposición de árbol se acentúa
en algunas hojas caen en la corriente que no cesa

el rumor del universo recorre los círculos de tu oído
como esos remolinos de agua que taladran la piedra
los ríos en las llanuras describen en sus gráficas
la curvatura del cosmos tanto así el jadeo de tu reposo
en plumillas de aliento de la nariz y la boca

sólo el durmiente sabe que el árbol está hecho
para que el viento lo visite
todos dependemos de algo el balsa de la corriente
la edad del crecimiento la marcha del fracaso
porque sin el tropiezo ¿cómo seguir tu obra
con ladrillos de astro?

¡oh! tú el inconcluso no puedes decir he terminado
como la luz no puede decir he llegado
ni tú decir dejaré de finalizar en la espalda
como no sea para cambiar de dirección o cambiar
de caída

desciendes en el lecho bajas infinitamente
hasta caer en los ojos abiertos
o subes hasta estallar en la dimensión de otro mundo
vas en tu nave al descubrimiento de américas
inconclusas
Colón de tu propio continente
las velas de las sábanas tejidas con hilo de adormideras
de Ariatnas celestiales
y todo para concluir en que se acabó este mundo
ayerista
y está surgiendo el nuevo con ofertas grandiosas.

▪ DEMOLICIÓN DEL SONETO

▪ CUENTO CON UN DIFUNTO EN LA FAMILIA

Hay uno más presente que nosotros.
Es uno a quien la vida ya no exilia,
mucho más reunido que los otros.
Cuento con un difunto en la familia.

Somos seis en el sueño y la vigilia,
mas uno por los hondos aposentos.
Siete son en la mesa los asientos.
Cuento con un difunto en la familia.

Conversa con nosotros, uno a uno;
da consejos, regaña, es oportuno,
cuento con un difunto en la familia.

En la velada anécdotas hilvana,
y nos hace reír de buena gana,
cuento con un difunto en la familia.

▪ LOS ANUNCIOS

El cielo está limpio como si no debiera nada.
La paloma es su único hueso.
Leo perfectamente el siglo, el viento
y en esta dimensión se transparenta
la revolución a que estamos invitados,
y que no se pronuncia tal vez por no ahogarla.
Festeja el día este prodigio.
¿Quién no ve el cartel en el profundo espacio?
y yo, de algún modo entre otros muchos,
regreso a la tierra de la lucha
y veo a la inmensa rotación del mundo,
tierna y pura,
en el cenit de la rosa esta mañana.

▪ FUNCIÓN DEL AMOR

Donde tu cuerpo crece por la proximidad que nos
distancia

te administras con un dejo de espera.

Tu amor era un servicio más entre los comunes.

Ahora quiero suprimir el dualismo, este exilio que
nos une de lejos.

Clamo por la inserción de tu belleza entre los
elementos
de consumo.

Hoy, la opresión de tu cuerpo ocupa el puesto de la
añoranza

cuando el progreso temporal seguía nuestros territorios
y nuestros mecanismos de participación funcionaban
a la vela.

Cultura, religión y otras referencias guardaban silencio.

Eras maestra en la corrección de frustraciones hacia
el buen camino,

y tu intervención entre el ajetreo de los objetos
habituales

aún persiste.

Tu participación en el círculo diario está aquí, en
la estancia.

Asumías tu función, como el cepillo de dientes o el
retrato del antepasado.

Una sola era nuestra participación emisora-receptora,
porque tú y yo gravitábamos en torno a un centro
en el infinito

y sentíamos acudir nuestros factores para la gran
contienda.

Tu técnica en ella era tan moderna que Cloe la
suscribiría.

Nuestras dos decisiones se topaban en un punto focal.
Se organizaban nuestros cuerpos para el igual trabajo,
para la asistencia social de tu amor,
y yo entraba a tu propiedad por el viejo sistema.

Sabías administrar la burla de nuestro ritmo.

Me hacías entrega de tus obligaciones sin límite.

Estábamos edificando y no sabíamos qué.

En esta vieja institución tú y yo éramos productores,
pero al margen de nuestra inspiración algo se quedaba
en vilo.

De nuestra autonomía ¿qué o quién dice depender?
Espectadores-actores asistíamos al crecimiento del
acto.

Tu estructura me oprimía, yo atendía el llamado.

Urgías el recorrido con invitaciones calladas.

Promovías mi invasión con medidas dulcísimas.

Y nuestras motivaciones corrían al unísono.

¿Cómo retener la presencia, que se nos quería ir,
urgentemente?
Pero de nuestra interdependencia nos envolvía un
halo,
en el punto en que mis reivindicaciones se unían
a las tuyas
y la consecuencia que buscábamos se partía en dos
mitades iguales.
Porque sacábamos nuestras conclusiones únicas a
un tiempo.
En la tensión de ijares el límite de la piel nos era
intolerable.
Tu participación se juntaba a la mía.
La promoción en que nos encontrábamos tomaba
su derrotero.
Tus privilegios presionaban mi entrega.
Usaba yo los medios de que dispones para responder
a tu favor.
Y en ti apoyado entrábamos al espacio en el viaje
terrestre.
Nuestras resistencias querían sobrepasar el término
realizable.
Así combatimos la inercia de nuestros dos cuerpos
socialmente separados.
En el engaño de la evasión se afincaba nuestra juntura.
En el subterfugio uníamos nuestras cámaras secretas.
Nuestras ganancias marchaban paralelas.
Subrayo el cambio de tu rostro.
Tus procedimientos, de los que me dabas la llave.

Se enturbiaban los ojos en la colaboración en que
estábamos.

Y nuestras dimensiones se saciaban en un solo abrazo
abrasado.

Sacábamos nuestras conclusiones únicas, a un tiempo.
La energía del trote era singlada por la ola estelar.
Al fin en una ola quemante nos sorprendía el impacto.
Y brotaban por praderas no vistas dos ríos subterráneos.
Se consolidaba nuestra unión y descendían las aguas.
Entonces todo el infinito en los dos se reducía a
una chispa eléctrica.

«Todo está consumado», decía no sabíamos quién.
Quedaba el sacrificio de una cruz mal hecha entre
los dos.

Y como habíamos distribuido nuestras utilidades
en la entrega de bienes,
nos sentíamos autorizados a entrar en descanso.

▪ DE TIEMPO Y MODO

Hoy está la luz mal administrada.
De capa caída el tiempo.
Para evitar que se derrumbe
tú y yo lo sostenemos.
Pero a ambos nos lleva con sus alas.
Por mejorar la calidad del día
los dos le reforzamos su programa.
Pero de todos modos no varía
su natural de flor con nuestro apoyo.
La participación que le ofrecemos
no se concilia con su discrepancia
ni con su gran aire de derrota.
Y cuando le creemos más fugaz e ido,
por secretos controles aprendidos
se ha quedado ya eterno con nosotros.

▪ EL JARDÍN INVISIBLE

El agua quiere dar su flor
y cómo quisiera verla alzarse
del blanco remolino
pero no puede
y sigue su camino
la piedra no la tiene
y si naciera podría admirarse
su magnolia gris
a prima hora
de los prodigios del alba
y si intentase hacer la rosa
llegada de los sueños
con los párpados abiertos
¿de qué color sería
de qué campo secreto?
así las cosas cruza
un relámpago azul la hora prima
y se abre a nuestros ojos
el gran lirio de la lluvia.

▪ ENTRAÑA DE LA PIEDRA

Pedí su voz a la piedra,
la madre dura de entraña;
que ya saliera del sueño,
el sórdido vientre hablara.

La piedra en el fértil limo
yacía muda sembrada;
no quería dar el fruto,
dura, ¿a qué miraba?

— «Estéril, le dije, estéril,
falta de carne humanada;
la maldición de los hombres,
por virgen, sobre ti caiga ».

Y cuando la sorda lo oyera
su pedernal dio en la llama;
y la piedra, hecha ternura,
se irguió, serena, en la estatua.

▪ LOS ANUNCIOS DE LA EROSIÓN

Veníamos a recordar nuestro olvido
al más secreto rincón de la casa
sin saber cómo en nuestros brazos
teníamos aprisionado el fantasma.
Éramos los hijos
de la memoria del agua
llevándose el recuerdo
del río rumoroso por su cauce de siempre
en el mundo del sueño
de noches y de auroras
la adormidera había sido tocada por el dedo
de la desmemoria
en esta gran erosión disimulada
¿del trueno que abre los granos en las eras
se acordará acaso la cebada?
así en el ancho mundo
la ausencia crece en el pecho
de todas las criaturas
la rosa que revienta en la mañana

tiene un aire de escucha
pero fue convocada urgentemente
por el dispensador de las alturas
y un ritmo de Beethoven
puede hacer crecer a las gramíneas
tú y yo estamos hechos
de la misma sustancia
ausentes y presentes
girasol
y ola
y el olvido el recalcitrante olvido
es ya un poco de mundo erosionado
en el rincón secreto de esta casa.

▪ EN EL VELADOR UN VASO DE AGUA

Leer tu continente no era fácil
hace 35 años,
la escritura de tu boca y tus pasos,
la poderosa palabra de tu modo de ser,
por culpa, solamente, del muro que habitamos.

Ahora veo tan sólo una sencilla cosa:
ese vaso de agua sobre la mesa
y de repente digo: «tú», no más que eso.

Ignoraba que eras este viento de las 11 y media de
la mañana
o en el inmenso naufragio del camino, a lo lejos,
la lucecilla batallando por ayudar a la noche.
Ahora estas luces completan su retrato:
tu mano de escritor educaba a los hombres
crecidos desde párvulos como tus letras más gruesas,
y hoy son muchedumbres, países
—quién pudiera creerlo— esas páginas tuyas

sobre las transformaciones de la madera, la danza,
el traje azul, la última rana,
la oración para que no muera el hombre,
y más amplio el espacio ocupado por los barcos
con su sirena.

Te ibas de polizón por el río;
fumabas en la ciudad cigarrillos de hoja de eucaliptus
de tu propia invención,
y recomendabas la tibia dama de «Espectadores» y
«Tiempos»
contra las excesivas noches bogotanas, saturadas
del frío que transita desde las constelaciones.

Aún estoy viendo las palmeras que había en tu peculiar
modo de andar,
aún recuerdo tu sombrero
con cierto arriscado de órbita.
¡Oh! tú, habitante de tu sombrero de anchas alas
para imponerle al cielo su equilibrio,
tasarle su crudeza
y darle graduación a su intranquilo vuelo.

Saber la poesía es como ser niña,
tener 14 años y el himen en suspenso.
La sabes tú, que en el aroma reconocías
la sombra transparente de la rosa,
y en su envoltura misma la danza, el signo de esa

danza
remota y muy cercana de nosotros.

Caminos cruzados te habían cruzado la frente,
la brasa del ojo izquierdo
y la mano del corazón
porque la otra quedó intacta para el correo de la
escritura.
La insomne catarata fluyendo hacia los luchadores
tenaces,
hacia los patrulladores de los más duros sueños.

Por ti todo estará igual y como antes:
se sentirá la sangre, al soslayo, golpear hacia la
muerte
tal como pasa el río y deja sus imágenes.

Seguiremos mirando las cuatro paredes de la luna,
y como si no te hubieras ido, en la casa
el ángel de los vientos golpeará los cerezos.

Por virtud de tu propia maravilla
—del pensamiento que se apoyó un día en tu pared
de huesos—
de tu lengua, que al fin conoció el sabor del frío,
oías los golpes del artista
como el corazón de la escultura erguida
en que el sonido es ya mudez de piedra.

Amigo, muerto pero no interrumpido,
con siete en vez de cinco sentidos, contando la escritura
y tu aureola magnética ceñidora del mundo.

Regreso a ti, pan de remota espiga.
Por tu implícita fuerza,
era una fruta cósmica la piedra,
aeropuerto de aves, el naranjo, en el patio
y más que el sol de agosto calentaban
los días del recuerdo.

Por ti parecía volar, de estación a estación,
el *jet* de la hoja,
y a zaga de tu sueño serán lentas las naves estelares.

Porque tú lo eras todo, y puedo pintarte si te digo:
«despreocupado árbol;
tarde del Bajo Magdalena;
uso del sol para el discurrir pausado de la yerba
entre la revolución sideral y el paso tardo del ganado».

En los pulmones del reloj oíamos tu marcha.
En la maquinilla rizada de los cogollos;
en el cambio de batuta de los días del trópico,
nadie, evidentemente, podrá silenciarla.

Te llamábamos, tal como eras, te llamábamos;
Luis Tejada
para diferenciarte del calor y del frío,

de la lluvia,
del ave de tibio pecho,
del perro de estrecho círculo de vida y larga mirada.

Luis Tejada te llamábamos para no confundirte con
el río y el hombre,
las selvas, las multitudes,
los florecientes capullos,
todos los Luises Tejadas, en fin, luchadores de la
tierra.

Leerte todo esto fue difícil hace 35 años.
Ahora, cuán sencillo y claro:
veo sobre el velador ese vaso de agua.
La noche límpida lo dora suavemente;
y digo, no más que eso digo: «tú, Luis Tejada».
Eso tan sólo digo, insistente claridad del mundo.



**Biblioteca
Básica DE
Cultura
Colombiana**

Este libro no se terminó de imprimir en 2016. Se publicó en tres formatos electrónicos (PDF, ePub y HTML5), y hace parte del interés del Ministerio de Cultura y la Biblioteca Nacional de Colombia —como coordinadora de la Red Nacional de Bibliotecas Públicas, RBNP— por incorporar materiales digitales al Plan Nacional de Lectura y Escritura «Leer es mi cuento».

Para su composición digital original se utilizaron familias de las fuentes tipográficas Garamond y Baskerville.

Principalmente, se distribuyen copias en todas las bibliotecas adscritas a la RBNP con el fin de fortalecer los esfuerzos de promoción de la lectura en las regiones, al igual que el uso y la apropiación de las nuevas tecnologías a través de contenidos de alta calidad.



MINCULTURA



Biblioteca
Nacional
de Colombia



**TODOS POR UN
NUEVO PAÍS**
PAZ EQUIDAD EDUCACIÓN